

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

César FORNIS, *Esparta. Historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico*, prólogo de D. Plácido, Barcelona, 2003; editorial Crítica, ISBN: 8484324133, 376 pp., il. b./n., mapa.

La importancia de este libro reside en el hecho de que, por primera vez, contamos con un estudio monográfico en español sobre la historia de Esparta. Esta novedad se explica al observar que, nuestra producción bibliográfica sobre el mundo antiguo y, en concreto, los estudios centrados principalmente en la Esparta Clásica y la Guerra del Peloponeso, habían olvidado otros aspectos de la sociedad espartana. Así, el profesor César Fornis, prosiguiendo los estudios de las sociedades clásicas griegas argiva y corintia a través de sus conflictos civiles, políticos y militares, ha sido el primero en aportar un trabajo de análisis amplio y crítico sobre Esparta. Por otro lado, si atendemos a los distintos modelos historiográficos, el libro es un ejemplo claro de historia narrativa (según el profesor Domingo Plácido) en la que se desarrollan, de forma encadenada, los diferentes acontecimientos de la historia de Esparta. Pero en esta ocasión, el autor no se limita sólo a narrar los hechos sino que, al mismo tiempo, realiza un análisis crítico de los mismos a través de una revisión, tanto de los autores antiguos como de los modernos, que deja a un lado la tradicional mitificación historiográfica de la sociedad espartana e intenta aportar una visión nueva, más real y profunda del pasado de Esparta.

La estructura del libro, con un magnífico prólogo escrito por Domingo Plácido, cuenta con una introducción y cuatro capítulos que, divididos en diferentes epígrafes, van acompañados cada uno de ellos de una bibliografía específica sobre las cuestiones que tratan. La inclusión de esta amplia bibliografía, utilizada para la redacción y crítica del relato de la historia espartana, nos proporciona al mismo tiempo una importante actualización y visión de conjunto de los diversos estudios referentes a «la cultura, la economía, la legislación, el ejército, la religión y demás aspectos de la sociedad espartana».

A modo de introducción, el autor nos acerca a la visión idealizada que de la sociedad espartana se tiene desde la antigüedad hasta nuestros días. Una idealización motivada por una interpretación literal de las principales fuentes de información sobre Esparta, de los autores antiguos como Heródoto, Tucídides, Aristóteles, Polibio, Plutarco, Pausanias, olvidando que la mayoría de ellos, atenienses y ajenos al modo de vida espartano, transmiten una realidad deformada por «sus propios parámetros culturales». Por otro lado, se menciona a la arqueología como un instrumento útil que, de ser fomentada en la actual Esparta, nos permitiría llevar a cabo una mejor interpretación de los autores antiguos y «sacar a la luz los secretos» aún por descubrir de esta estereotipada sociedad.

Los primeros tres capítulos del libro, estructurados según la mencionada historia narrativa, corresponden a las tres etapas históricas que vivió Esparta, las propias de la historia general de Grecia en la que la sociedad espartana se desarrolla: Arcaica, Clásica y Helenística. En cada capítulo, el autor nos ofrece de manera conjunta los aspectos externos de la política espartana, es decir, los grandes acontecimientos bélicos que protagonizó Esparta y que tradicionalmente han sido estudiados, junto a los aspectos internos que influyeron en gran medida en el desarrollo de los anteriores. Así, el primer capítulo estudia la formación de Esparta como un Estado basado en su particular ordenamiento político atribuido por la leyenda al mítico legislador Licurgo, de quién algunos niegan la existencia, en su expansión territorial y en la formación de la Liga del Peloponeso, primera organización militar de la Grecia antigua, que consolidaría a Esparta como fuerza hegemónica en el Peloponeso y, en consecuencia, en Estado rival de Atenas durante toda la Época Clásica. Así, entramos en el segundo capítulo del libro, la Esparta Clásica, donde se analiza la participación espartana junto a Atenas en las guerras contra los medos y cómo se va consolidando como principal fuerza militar, sien-

do este el momento en el que Atenas comienza a ver a Esparta como ciudad «bárbara» a combatir. Así, la Guerra del Peloponeso entre atenienses y espartanos consolida a Esparta como poder dominante en Grecia pero, las sucesivas derrotas en Leuctra (371 a. C.) ante los tebanos y en Megalópolis (331 a. C.) ante el ejército macedonio, junto a los diversos problemas internos (por un lado, la endémica *oliganthropía* o escasez de ciudadanos-soldado —expuesta con detalle en el capítulo cuatro— y la constante amenaza de los grupos dependientes, en especial la de los hilotas, de la que se derivan tres guerras, las dos primeras en Época Arcaica, resultado de la conquista y de una sublevación respectivamente, siendo este último motivo el mismo que, en Época Clásica, «puso en jaque durante varios años los fundamentos políticos, sociales y económicos de Esparta»; y, por otro lado, las luchas de poder tanto entre la clase dirigente como en la diarquía) son acontecimientos que influirán decisivamente en el inicio de la decadencia espartana. Ya en época Helenística, periodo estudiado en el tercer capítulo, Esparta va abandonando su política exterior, siendo sólo en el siglo III cuando parece que «vuelve a desempeñar cierto papel en el juego político internacional», aunque lejos ya de ser la Esparta hegemónica de antaño. Además, a los problemas del periodo anterior se añaden la necesidad de recurrir al reclutamiento de mercenarios para poder conservar un ejército fuertemente diezmado, y la necesidad de muchos ciudadanos, empobrecidos por unas condiciones socioeconómicas adversas, de buscar fortuna como soldados en ejércitos extranjeros. La situación interna de crisis socioeconómica lleva al rey Agis IV en primer lugar y, después, a Cleómenes II a poner en marcha una serie de reformas que acaben con ella. Pero ambos quedan lejos de erradicarla, ya que ninguno llega a atacar la verdadera causa de la crisis: «las arcaizantes estructuras sociales, políticas y económicas del Estado para adaptarlas a los nuevos tiempos». Habrá que esperar, tras un periodo de *stásis* y pequeñas tiranías, a Nabis, el llamado rey tirano, para que se produzca una verdadera política reformista. Sin embargo, los intentos de Esparta por renacer y volver al esplendor de otros tiempos se ven abocados a la decadencia tras el asesinato de Nabis y la amenaza de la nueva potencia que comenzaba a consolidarse en todo el Mediterráneo: Roma.

El último capítulo estudia «El *kósmos* espartano», esto es: su organización social, sus peculiares institu-

ciones, su religión, arte y cultura. Siguiendo la división en diferentes grupos y subgrupos de la población lacedemonia: *hómoioi*, periecos, hilotas y otros grupos dependientes, se analiza la *oliganthropía* entendiendo que la escasez de hombres no se debe a una falta de población sino que ésta se produce solamente dentro del grupo dominante de los *hómoioi*, de los ciudadanos-soldados. A este grupo de *hómoioi* pertenecen las tres particulares instituciones que se analizan después: la *agogé*, sistema educacional y «piedra angular de la entidad política espartana» en cuanto que convierte a los espartiatas en ciudadanos y soldados al mismo tiempo; la *krypteía* cuya finalidad primaria, que «buscaba fomentar la astucia, la fuerza y la inteligencia» de un grupo limitado de jóvenes espartiatas mediante el asesinato, por la noche, de un hilota, se complementa con la idea, de que esta institución, probablemente en época Clásica, sirvió para «controlar numérica e ideológicamente a la población hilota»; y la *syssitia* o comida en común, institución «que reunía a los *hómoioi* o espartiatas con la finalidad de estrechar y reforzar los vínculos de unión que hacían posible su predominio sociopolítico». En cuanto a la religión espartana, comparte los rasgos y divinidades con la religión del resto de los griegos. Las diferencias que podemos encontrar están en el hecho de que los espartanos eran conocidos por su piedad y por su confianza «en los oráculos, predicciones mánticas e interpretación de todo tipo de signos (sacrificios, seísmos, etc.)» que llegaban a condicionar sus actuaciones políticas y militares; en sus solemnes y fastuosos funerales reales; y, en la vigencia, aún, de ritos de iniciación, principalmente los relacionados con el paso a la edad adulta. Finalmente, este capítulo nos muestra que Esparta no fue siempre la polis inculta y militarista que nos ha sido presentada. En Época Arcaica, Esparta conoció un importante auge cultural en el ámbito de la poesía, la música, la danza, la arquitectura, la escultura, la cerámica, además de aportar numerosos atletas vencedores a los grandiosos juegos olímpicos.

En resumen, el libro de César Fornis, lleno de nuevas sugerencias y perspectivas sobre la historia de Esparta, constituye un intento de revisión del pasado sin idealizaciones, alejado de la mitificación historiográfica y de las visiones favorables a las condiciones de cada momento histórico, que los pueblos crean tanto de su propia historia como de la de otros.

ESTHER GARCÍA TERÁN

ESPEJO Y MODELO. Perspectivas en Historia de la Filosofía Griega. VI Jornadas de Filosofía, 2002. Departamento de Filosofía, Universidad de Zaragoza. Santiago Echandi (coordinador). Mira Editores, Zaragoza, 2003, 165 pp.

Si la filosofía es el esfuerzo constante de reactivación del pensamiento, la obra colectiva que aquí reseñamos incide en esta posibilidad. Se trata de un «re-flexionar» o «espejar» los fundamentos sobre los que se elevó nuestro edificio mental, ese «legado clásico», y su continuidad o presencia en el pensamiento de Occidente. Aunque los trabajos recogen temas diversos, todos ellos inciden sobre las «lecturas» que de ese modelo la historia ha ido «re-modelando».

En el primer texto, «El problema del origen de la razón», Eugenio Frutos Mejías desmadeja las variaciones historiográficas que sobre el «origen» de la filosofía se han ofrecido a lo largo del siglo XX, es decir, las condiciones que permitieron «ese tipo de saber que llaman investigación acerca de la naturaleza», en palabras de Platón (*Fedón* 96a7), y que llevaron a cabo los denominados «presocráticos». Frente a los problemas que abrió la perspectiva del «milagro griego», y no cerrados aún según el autor, «la cuestión del cómo leer los orígenes de la razón no se limita al problema de establecer las distancias oportunas entre nuestro pensamiento y el de los presocráticos: el verdadero problema reside en las dificultades que conlleva, consecuentemente, la caracterización de este último como “novedad radical”» (p. 14) y, por tanto, «qué tipo de discurso se vio obligada a desarrollar para poder decir de sí misma» (p. 24). Apoyándose en las tesis centrales de Cornford y de Vernant, el autor concluye que la «novedad» que determina el nuevo discurso viene dada por el advenimiento de la *polis* y que, por lo mismo, «no hay, en los milesios, en los jonios en general, una “razón científica”: si se quiere hablar de “razón” deberíamos hablar, con mayor propiedad, de “razón política”. Y creo que se puede defender que ésta es la verdadera inspiradora del discurso griego, un discurso que, tal y como quiere Vernant, resulta ser “hijo de la ciudad”» (p. 35).

En «¿Qué hacer con los opuestos? El modelo griego», Néstor Luis Cordero ofrece una breve, pero clara reflexión sobre este tema eterno y fundamental, «los opuestos». Aunque sobre él se ofrecieron «varios modelos...», hay uno que es una suerte de síntesis de los precedentes y cuya validez aún nos asombra» (p. 39). Para el autor, que no comparte la vieja periodización clásica del mal llamado período «preso-

crático», «la barrera, el límite, si lo hay, se encuentra después de Platón. Recién con Aristóteles comienza algo nuevo. Platón, en cambio, según mi manera de ver las cosas, es el último presocrático» (p. 40). Este contexto le permite a N. L. Cordero determinar el contenido mismo del concepto «opuestos»: «desde que esta nueva manera de observar las cosas, es decir, la filosofía, puso su mirada en la realidad total que nos rodea, no pudo sino constatar que, a pesar del conflicto que lógicamente podría esperarse del enfrentamiento de fuerzas opuestas, el orden reina... Ante este hecho, asombroso,... varias cuestiones, varias preguntas, fueron formuladas, y cada respuesta fue presentada como un modelo, como un paradigma» (p. 41). Las respuestas a las preguntas que privilegia (¿por qué hay este orden, a pesar de la existencia de fuerzas opuestas? ¿hasta cuando durará este orden? ¿los opuestos son realmente opuestos?) y que, a su vez, son tres modelos, nos las brindan tres filósofos. El primero es Anaximandro, con su modelo de pacto entre los opuestos: «el conflicto culmina en un equilibrio, representado por la justicia, a la que se llega luego de reparar las injusticias, que supondrían un desequilibrio» (p. 43). El segundo modelo lo representa Empédocles con su alternancia: «los opuestos se suceden los unos a los otros... “cada uno tiene su propio carácter y cada uno predomina en el transcurso del tiempo” (fr. 17)» (p. 47). El tercero, «síntesis de los precedentes», lo ofrece Platón en su diálogo *El Sofista*. «Platón descubre, antes que Aristóteles, que lo que está siendo, *to on*, o sea, el ser, se presenta, y, por consiguiente, se dice de manera múltiple» (p. 49). «Ya no es el carácter de “opuestos” lo que debe privilegiarse, sino la manera de ser de los opuestos». Esta es la razón por la que el autor defiende que Platón es el último presocrático. «Todos los presocráticos supusieron que los opuestos existían e imaginaron modos de cohabitación posibles: equilibrio, dado el origen común, monopolio alternativo de unos y otros, etc. Platón va más allá y demuestra que, ante todo, la oposición es una manera de ser» (p. 51).

En «Sócrates como símbolo», José Solana Dueso nos propone, después de sintetizar algunos contenidos del símbolo «Sócrates», volver a la cuestión del Sócrates histórico, para desde ahí descifrar «este artefacto mítico-simbólico». Mediante algunas observaciones a las fuentes y a los elementos usados para la construcción del símbolo (el oráculo de Delfos, la voz divina, el *daimonion*, la sabiduría socrática y el uso socrático de la poesía), J. Solana analiza la *Apología*, donde «Platón inicia la construcción del sím-

bolo Sócrates mediante una selección adecuada de episodios biográficos y enseñanzas orales así como un descripción adecuada de dichos episodios y dichas enseñanzas» (p. 59). El análisis de esos elementos, que «están estrechamente emparentados con la tradición pitagórica» (p. 69), le permitirá concluir que «hay un amplio cuerpo de datos históricos que prueban la relación de Sócrates con los círculos pitagóricos de diversas ciudades griegas. Y, lo que es más importante, la biografía de la *Apología*, tanto en lo que toca al cuerpo de creencias como a la actividad socrática (la “misión”), se explica mejor si la entendemos a la luz del pitagorismo. Desde esta perspectiva, si el proceso fue motivado por razones políticas o religiosas, resulta irrelevante. En la perspectiva del pitagorismo (como grupo heteróclito establemente organizado), política y religión son las dos caras de la misma moneda. Es posible, además, que las conexiones de Sócrates con grupos pitagóricos contribuyesen a persuadir a mucha gente de que Sócrates no era ese molesto tábano del que él mismo hablaba en tono jocosos (30c), sino la cabeza pensante de un movimiento que pretendía acabar con la democracia» (p. 71). El sugerente análisis que se nos ha propuesto, se completa, en las últimas cinco páginas, con una «Nota adicional. Acusaciones al trasluz», que supone un añadido a la «apología» platónica en su *Apología*.

Si J. Solano nos brindaba una reflexión sobre el símbolo «Sócrates», aquí, en la cuarta ponencia: «Imperio de la Ley, equilibrio de poderes y estado de derecho: los antecedentes platónicos del Estado Moderno», Francisco L. Lisi desmenuza otro símbolo, mediante el juego de enfoques y desenfoques, «sentidos» que, al hilo de la historia moderna, ha ido adquiriendo el pensamiento platónico y, en especial, su filosofía política. F. L. Lisi divide su trabajo en dos partes: en la primera «trata de aclarar los presupuestos filosóficos y políticos de la imagen de Platón que se ha construido a lo largo del siglo pasado con especial atención al problema de la relación con el Estado moderno. En la segunda, más reducida, apunta algunas valoraciones sobre la relación de la teoría política platónica y los orígenes de la moderna concepción del Estado de derecho» (p. 80). Su análisis le permite concluir que, «más allá de las circunstancias concretas que separan la situación política actual de aquella en la que Platón formuló sus teorías y de la validez que puedan tener sus pensamientos para nuestra época, es evidente que su filosofía política estuvo en el centro del debate a lo largo de la historia occidental y que los últimos cien años no

han sido una excepción, sobre todo en lo que concierne a los que podemos quizás considerar los tres principios ideológicos básicos del Estado moderno: el imperio de la ley, el equilibrio de poderes y el Estado de derecho» (p. 105).

Santiago Echanti Ercilla, ofrece, en «Ilusión, imitación, ilustración: el marco de la crítica platónica de la representación visual», una revisión muy documentada del viejo, pero siempre apasionante, problema de la representación y de las vicisitudes que condujeron a la constitución del «platonismo estético». Su análisis comienza por las concepciones preplatónicas de la representación, el primitivo *mimēsthai*, que «expresa un ámbito de actos mágicos y ritos parateatrales que implican voces, cantos y gestos, emulación de animales, vestido, máscaras y la manipulación de objetos propiciatorios o vinculantes»; con Platón y Aristóteles, «adquiere relativa autonomía la concepción *reproductiva*, de orden eminentemente visual, aunque sin perder su atribución a las artes de la palabra y el gesto» (p. 120), sin olvidar la atribución mimético-reproductiva que supuso el bordado —«una “escritura” antes de la escritura»— que subrayaba, más si cabe, «las funciones parlantes de la imagen» (p. 123). En un segundo apartado S. Echanti recuerda la preocupación platónica por «lograr la expresión conceptual adecuada, y no meramente terminológica, de la relación de las cosas con las Ideas» y cómo Platón «anticipó la conciencia de que la representación puede contar con motivos o modelos empíricos, pero también *ideales*, así como llegará a asumir que su plasmación ha de doblegarse a sus condiciones sensibles, formales y constructivas. Pero Platón no llegó a concluir una doctrina semejante y los motivos no fueron tanto ontológicos como de orden moral y político» (p. 127). Las reservas que el filósofo ateniense desarrolla frente a la representación como duplicado «están determinadas por una concepción ontológica y gnosológica del Ser y de Verdad con un correspondiente malentendido semiológico. Porque en Platón la noción de mimesis alcanza aspectos más diversos que los referidos a la representación artística, incluso llega a serle obligada para exponer —al menos para exponer— su sistema ontológico y cosmológico, si es que se trata sólo de un problema de *representación discursiva* (p. 124). En el apartado titulado «Imagen, signo», sirviéndose del famoso pasaje del *Sofista* (235d-236c), analiza «el punto no menos crítico de la valía semiótica de la representación» que Platón, según el autor, llegó a tantear. Lo relevante del pasaje es que «si provocó en el Renacimiento el equívoco de creer que la moda-

lidad *icástica* refiere la representación de seres reales (particularmente retratos) y la *fantástica* la de seres imaginarios (aunque el ejemplo por excelencia fueron los peculiares *retratos* de Arcimboldo), ha propiciado en algún intérprete moderno suponer que la primera implica la representación objetiva y la segunda la ilusionista y que Platón suspendió ésta y aprobó la primera. Este es, desde luego, un punto crítico en la evaluación de su actitud hacia la representación figurativa» (p. 129-30).

En el último capítulo, José Ramón Arana examina la proximidad entre «ecología actual y astrología antigua», partiendo del hecho de que en ambos saberes la concepción es la misma: «*la naturaleza como lenguaje*». En el ecologismo, «ideología de los nuevos tiempos», aparte de su más difundida «preocupación tanto biológica como económica, hay otra dimensión no menos importante, su concepción de la naturaleza» (p. 144). Para explicar esta concepción recurre a «los poetas contemporáneos, en especial el soneto “Correspondencias” de Charles Baudelaire, y al modo como éstos nos remiten a la concepción griega de *physis*». El poeta «reivindica como tarea del hombre moderno saltarse la prisión de las taxonomías y dejarse llevar por las remisiones de los símbolos naturales, que no tienen líneas ni caminos preestablecidos, meterse en su bosque <...> El “bosque de los símbolos” nos sacaría de la prisión en que nuestras propias redes conceptuales nos han metido, eliminaría la voluntad de poder y de manipulación que implican y fomentaría ese respeto a la naturaleza de que todos hablan hoy» (p. 148). De ahí que, el universo astrológico sería ininteligible sin la concepción de la naturaleza como lenguaje que en ella opera: «la astrología antigua está organizada como un código lingüístico. Tiene, en primer lugar, *signos*, que comprenden los planetas y los signos del Zodíaco. Unos signos que tienen una doble cara, la del significante y la del significado, con propiedades intrínsecas» (p. 150). Y «cada signo tiene también un significado: la capacidad de influir, que es específica en virtud de diversos ejes: masculino/femenino, nocturno/diurno, benéfico/maléfico... Pero, además, cada uno de estos signos tiene un significado por su incardinación en un sistema: su valor viene determinado por los valores de los demás, hay una

codeterminación» (p. 151). Aclarados estos presupuestos, pasa a mostrar cómo «para los astrólogos antiguos y los defensores de la astrología la naturaleza misma, no ya su saber, es *signica* y está organizada como un código; dicho de otro modo, que *la naturaleza es un lenguaje*», esto es, que «se trata de una concepción metafísica, no meramente epistemológica, y que añade una dimensión nueva a la idea de naturaleza como ley» (p. 152). De las «varias justificaciones de esta condición *signica* de la naturaleza», J. R. Arana expone la de Posidonio y reconstruye la justificación de éste sobre la validez científica de la astrología en dos pasos: «en el primero, mostrando que es una ciencia y que operan en ella los mismos conceptos físicos, metafísicos y metodológicos que en cualquiera de las demás ciencias reconocidas del mundo antiguo; en el segundo, analizando su definición del tipo peculiar de ciencia que es la astrología y, por tanto, delimitando su lugar dentro del *corpus* del conocimiento antiguo» (p. 153). El autor concluye con unas reflexiones sobre la ecología actual y sus necesidades: «La elucidación del concepto de naturaleza presupuesto en la ecología sería no la aclaración de un concepto cualquiera más, de una ciencia o de un saber más, sino la tarea de un saber fundamental y fundante actual, la *hermenéutica ecológica*, tarea que consistiría en desentrañar la naturaleza del signo; y, por otro, en fundamentar la hermenéutica actual, que flota en el vacío de su autoconciencia de ser “mero lenguaje” y de concebir la realidad como lenguaje, habiendo renunciado a toda metafísica: por medio de la ecología el lenguaje anclaría de nuevo en la realidad» (p. 164).

Podemos afirmar como conclusión que los textos aquí reunidos invitan a la reflexión sobre los distintos aspectos elegidos de la filosofía griega, y responden, por tanto, al reto lanzado por su coordinador en la presentación: si «la filosofía griega se desarrolló en un ámbito dialéctico, de “combate en la teoría”, se puede deducir que su lección no es un mero motivo arqueológico, sino que necesita el examen de la relación que ha mantenido y mantiene con el pensamiento moderno».

RAFAEL ÁGUILA RUIZ
Dpto. Filosofía
UPV/EHU

L. ZURLI, *Apographa Salmasiana. Studi sulla trasmissione di «Anthologia Salmasiana» tra Sei e Settecento. Spudasmata*, Band 96. G. Olms Verlag, Hildesheim, 2004. Pág. XXIII-84.

Es sabido que los numerosos «apographa» de la llamada «*Anthologia Latina*» constituyen, como diría mi valioso colega Guzmán Guerra, una vasta «*silva portentosa*» llena de problemas espinosos acerca de la intrincada «*storia ecdotica*» (Zurli, p. VII) de los textos poéticos en cuestión. El incansable Prof. Zurli (de ahora en adelante Z.), cuya competencia en el campo de la paleografía Latina es admirable y cuyos conocimientos en materia de codicología y de *Ueberlieferungsgeschichte* en lo concerniente a los textos poéticos latinos son sin par, nos ofrece algunos ensayos que logran resultados tan originales como irrefutables y que arrojan mucha luz nueva y concluyente (p. VII) sobre «*problematiche e questioni di interesse ecdotico inerenti le vicende di trasmissione di Anthologia Salmasiana tra Sei e Settecento*». Z. hace resaltar que «sorprende ... come conclusioni errate, risalenti al Riese, siano divenute patrimonio odierno della comunità scientifica» (p. IX); tales conclusiones erróneas han sido agudamente refutadas en las doctísimas páginas que Z. ha escrito, aplicando su acostumbrado método riguroso. En esta breve reseña indicaré sucintamente a mis lectores lo esencial de las pormenorizadas demostraciones que Z. ha perspicazmente alcanzado.

En Cap. I Z., a la luz del hecho de que «*terminus ante quem* per la redazione di *Paris. Lat. 17904*» es el año 1626, consigue «retrodatare ... un numero conspicuo di interventi congetturali» y «rettificare ... una quantità di attribuzioni erronee nella edizione Riese (e in quelle dei suoi successori)» (p. 10). Z. ha hecho una lista de datos muy larga y aleccionadora.

En Cap. II, Z. para datar las «*schedae Salmasianae*», utiliza el testimonio del manuscrito *Heid. Hs. 46, f. 145 v.*, y muestra que el «*preciso terminus post quem*» es el año 1638. En Cap. III Z., sirviéndose del «*apographon Heidelbergense*» (p. 33), demuestra que el «*codice VO di Riese*» —un manuscrito que los críticos no podían llegar a descubrir— no existe, porque Riese ha confundido el *Voss. Gr. O 15* con el *Voss. Lat. O 15*. En Cap. IV, Z. pone de relieve fundamentales «*fatti*» que conciernen a la identidad de «*chi ha stilato Voss. O 16*», y que se le han escapado a Burmannus, Müller, Riese, Baehrens y Rosenblum (p. 37-38). El problema es muy bien enfocado en la pág. 40, nota 29.

En la «*Appendice*» (p. 53ss.) Z., por medio de un análisis detallado y penetrante de las lecturas de W frente a A y B, evidencia que W, cuya posición en el *stemma codicum* había dejado perplejos a los críticos (Shackleton Bailey, Catlow) es un «*recentior, non deterior*».

Conclusión. Enhorabuena al Prof. Zurli, pues el eminente Latinista, gracias a su profunda erudición y brillante sagacidad, ha sabido resolver un sinnúmero de graves problemas codicológicos y textuales (por ejemplo, p. X: «la cosa é inesistente»), de modo que la «*storia ecdotica*» (p. VII) de la *Anthologia Latina* se presenta ahora en una forma profundamente mejorada. El libro de Z. es un verdadero terremoto codicológico, que ha alterado y corregido radicalmente, *inter alia*, lo que hasta ahora parecía ser acertado en cuanto a conjeturas y variantes (cf. por ejemplo p. 62, «*dati omessi*»; p. 64, n. 51, «*in veritá propendo a credere che ... abbia riproposto supinamente l'apparato dei sui predecessori, senza rendersi conto di cosa stesse combinando*»; *ibid.*, «*un errore grossolano*»). A propósito de variantes, un problema que está por solucionar —hagamos votos para que Z. lo desenmarañe— concierne a las lecturas de las «*schedae Divionenses*». Estas «*schedae*», como es conocido, «*non discendono direttamente da A, ma da un suo apografo*», que no nos ha llegado (cf. Z., p. 41, con nota 1). Según Riese (*Anthol. Lat. I*, segunda edición, Lipsiae 1894, p. XXXII s.), Burmannus sobreestimó el valor de las «*schedae*», pero el propio Riese (*ibid.*) admite que el apógrafo de A utilizado por el copista que las escribió «*emendatus est ab homine prudenti, qui et Salmasii coniecturas et hic illic suas (ut puto), inter quas egregiae sunt, in textum recepit. quid A habeat, nusquam fere indicat*». Teniendo en cuenta lo que Z. oportunamente escribe (p. 84) sobre la ineludible alternativa «*contaminazione o restituzione congetturale di copista*», puede que por lo menos algunas de las lecturas que Riese juzga ser «*egregiae*» sean no conjeturas del «*homo prudens*» que Riese elogia, sino variantes antiguas que penetraron, como consecuencia de «*contaminazione*», o sea «*trasmissione orizzontale*», en el susodicho apógrafo. Merece la pena recordar que Burmannus, como mi colega H. White ha mostrado en su magistral monografía sobre el texto de Propercio, ha registrado muchas lecturas antiguas que los filólogos decimonónicos suponían ser conjeturas modernas. Indicaré ahora varios detalles, que creo interesantes. La variante (que ni Riese ni Baehrens mencionan) *ut ante* (sched.) en Zurli *Versus Serpeatini*, Roma 2002, núm. 12,2, es una evidente trivialización fren-

te a la lectura genuina de *A erile*; la lectura *luridus* (Zurli, *Apogr. Salmas.* p. 30) puede ser o una «restitución congetturale», o una variante antigua conservada en las *schedae* (cf. Riese, *Anthol. Lat.* I, segunda edición, p. 177, y Baehrens, *Poet. Lat. Min.* IV, p. 332).

En *Versus Serpentina* 7,1-2 Zurli

fer miseranda caput (domino quod monstret) Agave,
solum (quod doleat) fer miseranda caput

la lectura de *A fer* (versos 1 y 2) es correcta porque las palabras que he puesto entre paréntesis (y que Riese ha impreso entre comas) son dirigidas por el poeta no a Agave, sino al lector (caso típico de «Personenwechsel», cf. mis *Scripta Minora Alexandrina*, s.v.) y *fer* es un imperativo que el poeta endereza dos veces a Agave: cf. para una «apostrofe a personaggio mitico» (Zurli, *Versus Serpentina*, p. XII) las lecturas *tibi ... tibi* en *Versus Serpentina* 14,1-2.

Las lecturas *fert* (*sched.*) en *Versus Serpentina* 7,1-2 Zurli son por lo tanto trivializaciones. Unas pocas *lectiones vulgatae* son correctas, como por ejemplo la lectura *piam* («vulg.» Schackleton Bailey 30) en *Versus Serpentina* 5,2 Zurli: el origen de *piam* no ha sido todavía aclarado. En *Versus Serpentina* 22, 1. Zurli

Inputat aegra toris profert deserta Calypso

la *lectio vulgata profert* («vulgo», Baehrens *P.L.M.* IV, p.263) es sana, siendo el sentido «Calipso enamorada imputa (cf. *Oxf. Lat. Dict.*, s.v. *imputo*, 2) al tálamo, y aporta como prueba para apoyar dicha imputación (cf. *Oxf. Lat. Dict.*, s.v. *profero*, 5 c: «in trials, et sim.») su soledad». *deserta* (liter. «lugar desierto y solitario») es una alusión a la «einsame Wohnung»¹ de Calipso (cf. Roscher, s.v. *Kalypso* 940,41). Para *deserta* -«lugar desierto y solitario» cf. *Oxf. Lat. Dict.* s.v. *desertus* b (*solitudines ac deserta*, etc.), Forcellini, s.v. *desertus* II («translate»: *desertissima solitudo*, etc.), Thes. s.v. *desero* 689,29 (*deserta tua et solitudines tuae*). *Inputat* y *profert* (términos jurídicos) son empleados en *asyndeton*, y *toris* es una metonimia, que se refiere a Ulises, ocupante del tálamo antes de su salida.

La lectura de *A, quipfert*, de cualquier modo que se haya originado², muestra que la *lectio vulgata profert* es una lectura antigua y genuina: la palabra *profert* fue erróneamente transformada en *pfert* porque la abreviatura significando *pro* fue interpretada mal como *p*.

GIUSEPPE GIANGRANDE

NONNOS DE PANOPOLIS. *Les Dionysiaques*, Tome XVIII, Chant XLVIII, Texte établi et traduit par Francis Vian, Paris 2003, 233 pages.

Francis Vian, Professeur honoraire à l'Université de Paris X, has written a commentary on book 48 of Nonnus' *Dionysiaca*. On page XI Prof. Vian thanks Prof. Jean-Marie Jacques and Prof. P. Chuvin for their generous help in the production of this volume.

On page 75 ff. V. discusses the episode concerning Aura's children. He compares the legend of Aura with the myth about Romulus and Remus, who were nurtured by a wolf. For this myth cf. my *Studies In The Text Of Propertius* (Athens 2002), page 117 f. Propertius states that the Roman fos-

ter-child (i.e. Romulus) had (*habet*) nothing from his father except his name, and that he was not ashamed (*non pudet*) that a she-wolf had nourished his race. It should be noted that Propertius has employed the historical present. For examples of the historical present in Greek Epic cf. *Mus. Phil. Lond.*, XI, 2002, page 201.

On page 134 V. notes that *Κυδωνᾶτος* and *Κυδωνιάς* mean «Crétois». Cf. *Habis* 30, 1999, page 113, where I explain that at Theocritus, *Idyll* 7, line 12 the words *Κυδωνικόν ... ἄνδρα* mean «a Cretan» and allude to the fact that Cretans were said to be liars.

On page 138 (line 53) V. discusses the ms. reading *ἐπορφύρουτο*. I would like to point out that Nonnus often repeated the same Wortstamm: cf.

¹ Riese, *op.cit.*, p. 106, conjeturó *vim per deserta Calypso*

² Se trata de una *lectio conflata*. Un copista, para corregir la lectura amétrica y carente de sentido *pfert*, modificó esta palabra en *qui fert* (a fin de crear el texto «inputat aegra toris —qui

fert?— *deserta Calypso*», «Calipso enamorada imputa su soledad —¿cómo puede soportarla?— a su tálamo», escribiendo su corrección *supra lineam* (*pfert*), lo que produjo el «Unwort» *quipfert*.

my *Studies In Late Greek Epic Poetry* (Amsterdam 1987), page 91. Nonnus has purposely coupled πορφύρεοις with ἐπορφύρουτο. Moreover, V. notes on page 182 (line 576) that «la répétition ὠδινε / εὐὠδινι «n'est pas choquante». Cf.(line 283) νίκησεν ἀνικήτοιο and (line 461) κάμψεν ἀκαμπέος.

On page 154 f. V. refers to Dindymon and Cybele. Similarly Propertius (3,22,3) mentions «Dindymus and the fashioned girl of sacred Cybele» (*Dindymus et sacrae fabricata iuvenca Cybelae*):cf. my *Studies In The Text Of Propertius*, page 113. The correct text in this passage has been preserved for us by Burmannus.

On page 174 (line 4+55) V. states that «au génitif, le pluriel καρῆνων est habituel pour désigner les sommets d'une montagne: cf. 13,5314+;114+,205;18,24; I4+2,18.» Textual alteration is, however, not necessary. Nonnus has employed *Selbstvariation*. For *Selbstvariation* in Nonnus cf. *Habis* 344, 2003, page 440. For other examples of the collective singular cf. *Orpheus* 23, 2002, page 144.

On page 178 (line 507) V. points out that Aura is described as ἀμτροχίτων. V. notes that at Callimachus' *Hymn* 3,14 the epithet ἄμτρος is used to describe virgins. Similarly the virgin goddess Hecate is said to be ἄζωστον («ungirdled») at *Orphic Hymn* I,6:cf. my *New Studies In Greek Poetry* (Amsterdam 1989), page 10.

On page 181 V. discusses the text of line 552 ff. I have suggested that we should place a full-stop after ὑμεναίων and translate as follows: «having an insatiable desire for changing your loves and for your new marriage to a Sithonian woman»: cf. my *Studies In Late Greek Epic Poetry*, page 152. For a similar «cumulo di genitivi», which may appear «ambiguo per noi moderni», cf. G. Giangrande, *Orpheus* XXIII, 2002, page 32. Cf. also *Corolla Londiniensis* 2,1982, page 170.

On page 184 V. states that we should print διψώουσα since repetition is very common in Nonnus. For similar examples of repetition in Nonnus, cf. my *Studies*, page 96. For repetition in epic poetry, cf. my commentary on Theocritus' *Idyll* 24 (Amsterdam 1979), page 106, where I quote Giangrande and Chrysafis.

At line 652 ff. Nonnus describes the behaviour of Aura after she has been raped by Dionysus. V. notes (page 190) that scholars have been puzzled by the text of line 659. I have suggested that Nonnus is referring to the fact that the outline (ἰχνια) of Aura's breasts was clearly visible through her clothes: cf. my *New Studies*, page 142 f. For a similar passage where the shape of a woman's breasts can be traced through her dress, cf. my *Studies In Late Greek Epic Poetry*, page 78.

On page 190 V. comments on ὀλόλυξε (line 661): «Keydell préfère l'aoriste qui convient mieux en effet si on place une ponctuation forte après le v.660». It should be noted, however, that Nonnus often employed the imperfect where one would expect to find the aorist: cf. my *Studies*, page 67. Cf. also *Mus. Phil. Lond.*, XI, 2002, page 201.

On page 192 V. comments on «la flagellation des statues» and refers to Theocritus' *Idyll* 7,108. I have recently explained that Theocritus is alluding to the fact that scapegoats were beaten with squills on the *membrum virile*: cf. *Orpheus* XIX-XX, 1998-1999, page 426. The custom of punishing scapegoats by hitting them on the *membrum virile* is mentioned by Hipponax: cf. Tzetzes (*Chil.* 5,726). For the treatment of scapegoats cf. *Myrtia* 17,2002, page 143 f. On page 196 (line 759) V. discusses the participle κλέπτοντες. It is possible that Nonnus has employed the present participle with a sense of anteriority: cf. *Mus. Phil. Lond.*, X, 1996, page 39 and XI, 2002, page 202.

Conclusion. Prof. Francis Vian has produced an excellent edition of Nonnus's *Dionysiaca*. Vian has established himself as the leading authority on the text of Nonnus' poem, and scholars are very grateful to him for the many learned and informative editions that he has written. All future research on the language of Nonnus has been greatly benefitted by Vian's work. Prof. Vian should be congratulated on his outstanding achievements in the field of Greek literature. Vian and his school have given us an admirable series of texts and commentaries on Hellenistic and late Greek epic poetry.

HEATHER WHITE

NICANDRE, *Oeuvres, Tome II. Les Thériaques, Fragments Iologiques Antérieurs à Nicandre*, Texte établi et traduit par Jean-Marie Jacques, Paris 2002, 313 pages.

Jean-Marie Jacques has produced a new edition of Nicander's *Theriaca*. In the preface (page X) he points out that he has been helped by many scholars, including of course Professor Francis Vian, whom he praises for his «parfaite familiarité avec la poésie épique d' époque hellénistique et tardive».

On page XXVI J. mentions «le Ριζοτομικόν» which was, according to Wellmann, «le plus ancien traité de botanique des Grecs». Apollonius Rhodius refers at *Arg.* 3, 845ff. to the famous plant of Prometheus, which was said to protect men from wounds and from fire: cf. my *Studies In The Text Of Propertius* (Athens 2002), page 40. Note that the reading *non Perimedea gramina secta manu* («nor herbs cut by magical hand») was preserved for us by Burmannus.

On page LXXXVI (note 183) J. points out that «les différences ... relevées entre les fr. des Géorgiques et les poèmes iologiques ... ne sont pas suffisantes pour les faire attribuer à des poètes différents». Scholars have noted similar stylistic differences in the works of Oppian: cf. *L'Ant. Class.* LXX, 2001, page 174 f. In other words, Nicander, like Oppian, practised *Selbstvariation*.

On page XCVII, J. discusses «atticismes» in the *Theriaca*. For the employment of Attic forms in epic verse cf. *Mus. Phil. Lond.*, IX, 1992, page 52. On page CV, J. notes that Nicander «peut rattacher à un même substantif deux, ou même trois épithètes sans liaison». For the employment of *Adjektivhäufung* in Hellenistic poetry cf. my commentary on Theocritus' *Idyll* 24 (Amsterdam 1979), page 37. On page CX (note 238) J. notes that Nicander, like Antimachus, employed Doric forms. For the use of Doric forms in epic poetry cf. my *New Studies In Greek Poetry* (Amsterdam 1989), page 27.

At line 11 Nicander mentions Hesiod together with Melisseis. Gow-Scholfield explained that «Melisseis is that part of Helicon on which Hesiod received instructions from the Muses»: cf. my *New Studies In Greek Poetry*, page 52.

At line 158 Nicander describes the asp as ἀμυδρότατον. The *scholia* explain that the adjective ἀμυδρός means here χαλεπός («terrible»). Nicander called the asp «the most terrible of all snakes» because its bite was said to be incurable. Note that at line 373 ἀμυδρός

means «weak». For Nicander's tendency to employ the same adjective in two or more different meanings cf. my *Studies In The Poetry Of Nicander* (Amsterdam 1987), pages 15 and 86ff. J. is fully conversant with my monograph, which deals at length with Nicander's text and *Sprachgebrauch*. Very strangely indeed, Fantuzzi, in his article *Nikandros* 4 (*Der Neue Pauly*, Stuttgart 2000), ignores the existence of my book, with the result that his article is worthless, since it fails to pay attention to recent research work.

At line 281 Nicander wrote μόλις rather than μόλις. It should be noted that μόλις is attested as a Homeric variant reading at *Odyssey* 3, 119 and 19, 189: cf. *Mus. Phil. Lond.*, IX, 1992, page 93.

At line 283 perfect sense is provided by the variant reading εἰλυθμούς. Note that Nicander has employed the noun εἰλυθμός twice in the space of only three lines: cf. my *Studies In The Text Of Nicander*, page 19.

At line 291 f. Nicander describes the blood-letting snake. I have suggested that we should place a full-stop after ἔγκειται and translate as follows: «Two exceedingly snow-white horns are planted in its forehead. It is like the locust as far as its eyes and the whites of its eyes are concerned». Cf. my *Studies*, page 21.

At line 446 good sense is provided by the variant reading νυχηβόρου («eating at night»). Nicander is referring to the fact that mice come out at night to find food: cf. my *Studies* page 27. At line 534 the adjective διανθέος means «flowering in succession». The asphodel does not produce all its flowers at once, but flowers bit by bit: cf. my *Studies*, page 31 ff. At line 586 the mss. reading ταμών need not be altered. As Klauser has already explained, Nicander has employed the participle instead of an imperative: cf. my *Studies*, pages 37 and 39. For the use of the participle instead of a finite verb cf. *Myrtia* 16, 2001, page 349.

At line 619 the participle φαρμάσων means «season». Note, moreover, that σκαφίδεσσι («vessel») is a poetic plural: cf. my *Studies*, page 39 f. For the meaning of φαρμάσων cf. *Myrtia* 16, 2001, page 307. Once again the participle has been used instead of a finite verb. At line 647 Nicander mentions campanula. Hesychius explains that κλώθει = βλασπάνει, καλῶς αὔξεται. For the meaning of κλώθει in Nicander cf. *Habis* 33, 2002, page 121 f.

At line 687 Iphicles is said to have helped Heracles to subdue the Hydra of Lerna. Nicander is referring to

a rarer version of the myth: cf. my *Studies*, page 44f. For the fact that Hellenistic poets often preferred to follow obscure versions of a given myth cf. *Mus. Phil. Lond.*, IX, 1992, page 44.

At line 706 J. notes that βλοσυρόν is glossed μέλαν. For the employment of Homeric glosses by Hellenistic poets, cf. *Florentia Iliberritana* 8, 1997, page 739 f.

At line 742 bees and wasps are said to be λυκοσπάδες («torn by wolves») because they were generated from the rotting carcasses of horses and bulls which had been torn by wolves: cf. my *Studies*, page 51ff. Note the use of adjectival *enallage*.

At line 824 the reading ἐμβρύξασα is supported by the *scholia*, which explain that the murry bit

the fishermen (ἤγουν κακοῦσα τοὺς ἀλιεῖς) and caused them to jump into the sea: cf. my *Studies*, page 60.

Conclusion. This is an excellent edition. Jean-Marie Jacques has studied Nicander's *Sprachgebrauch* as well as all the ancient *Realien* in great detail, and provided us with a valuable tool of research. His edition is extremely learned and informative and will be a most useful guide for all future students of the *Theriaca*. Professor Jean-Marie Jacques must be congratulated on his formidable scholarship. We look forward eagerly to Tome III of the «Nicandre Budé» («Les Alexipharmques»).

HEATHER WHITE

Ὀβιδίου Περὶ Μεταμορφώσεων ὃ μετήνεγκεν ἐκ τῆς Λατίνων φωνῆς εἰς τὴν ἑλλάδα Μάξιμος Μοναχὸς ὁ Πλανούδης, edited by Manolis Papathomopoulos and Isabella Tsavari, Ἀκαδημία Ἀθηνῶν, Athens 2002, 671 pages.

Prof. Manolis Papathomopoulos and Dr. Tsavari have produced a new edition of the translation of Ovid's *Metamorphoses* which was written by Planudes. The introduction contains a discussion of the manuscripts and editions, as well as a bibliography. There is also a useful index of Greek words together with their Latin equivalents: cf. page 632 ff. I would now like to make the following observations which I hope will interest the reader.

At I, 611 ff. Ovid describes how Io was turned into a heifer. According to Propertius, Io remained hidden in a stable after she had been fed in the fields: *mansisti stabulis abdita pasta tuis*. Cf. my *Studies in the Text of Propertius* (Athens 2002), page 74.

At 2, 1 ff. Ovid describes how Phaethon visited his father Phoebus in his palace which was located in the East. The palace was built on tall columns and reached up into heaven: cf. *MPhL* 10, 1996, page 45 ff.

At 2, 226 Ovid mentions *nubifer Appenninus*. Planudes translated these words as ὁ νεφελώδης Ἀπέννινος. Cf. Quintus Smyrnaeus 6, 422 where Olympus is said to be ἠερόεντος («misty»). We are meant to understand that the top of Olympus was covered with clouds: cf. *MPhL* 11, 2002, page 202.

At 3, 45 Ovid mentions the constellation of the two Bears (*geminas ... arctos*). At Aatus, *Phaen.* 29 the Bears are said to be «very savage» (κατωμάδιαι): cf. «Further observations on Greek texts», *Florilib* 13, 2002, page 345 ff.

At 4, 391 ff. Ovid tells the story of the daughters of Minyas, who tore Hippasus to pieces and were turned into bats. At *Idyll* 26, 27 ff. Theocritus compares the murder of Hippasus with the murder of Pentheus: cf. «Notes on Theocritus», *Myrtia* 14, 1999, page 54 ff.

At 4, 657 Ovid mentions Mount Atlas, which was created by Perseus (= Eurymedon). Theocritus calls Atlas the «mountain of Eurymedon»: cf. «The mountain of Eurymedon in Theocritus' *Idyll* VII», in: G. Giangrande (ed.), *Corolla Londiniensis*, vol 1, Amsterdam 1981, page 164.

At 5, 386 Ovid refers to the scene of the rape of Persephone. According to some ancient sources, the rape took place near Enna: cf. «On Claudian's Rape of Persephone», *GIF* 49, 1997, page 248 f. and my *New Essays in Hellenistic Poetry* (Amsterdam 1985), page 106 ff. Planudes, however, places the scene of the rape near to Etna: Ἔστι δ' οὐ πόρρω τῶν Αἰτναίων διατριβῶν λίμνη βαθεῖα, τοῦνομα Πέργουσα.

At 5, 538 Ovid states that Persephone ate seven (ἑπτὰ) seeds of the pomegranate and therefore could not return to her mother. According to the *Homeric Hymn to Demeter*, Hades forced Persephone to

eat the seeds against her will: cf. «Observations on Greek poetic texts», *Orpheus* 23, 2002, page 140 f.

At 7, 363-4 Ovid refers to Eurypylos and the women of Cos. Lactantius explains that the women of Cos had claimed to be more beautiful than Venus. Therefore, in order to punish them, Venus gave them horns. Cf. Planudes: αἱ Κῶαι μητέρες κέρα ἔφυσαν.

At 7, 440 Ovid mentions *Sinis*. The editors comment as follows: «post κάκεινος expectes Σίνις, *ille Sinis* Ovid». I would like to suggest that Planudes has used ἐκεῖνος in the sense «famous»: cf. my *Studies in the Poetry of Nicander* (Amsterdam 1987), page 38 f.

At 8, 104 Ovid mentions Scylla, who cut off the lock of hair on which her father's life depended. Callimachus connected the name Σκύλλη with the verb σκύλλω: cf. *MPhL* 9, 1992, page 51.

At 9, 400 Ovid refers to the fact that Hercules married Hebe after his translation to heaven. Thus Propertius states that Hercules burnt with love for Hebe *in aetheriis ... iugis*, i.e. on Olympus: cf. my *Studies*, page 24.

At 9, 664 Byblis is said to have been changed into a fountain (πηγήν). According to Parthenius, Byblis wept louder than the nightingale: cf. my *Studies in Theocritus and other Hellenistic Poets* (Amsterdam 1979), page 9 ff.

At 10, 104 Ovid mentions Attis, who castrated himself. Propertius calls Attis the «fashioned girl of

sacred Cybele» (*sacrae fabricata iuvenca Cybelae*): cf. my *Studies*, page 113.

At 12, 29 Ovid refers to the fact that the goddess Diana was angry with Agamemnon and therefore stopped the Greeks from sailing from Aulis: cf. *MPhL* 11, 2002, page 160. According to Propertius, the Greek fleet was delayed due to the drowning of Argynnus, who was loved by Agamemnon: cf. my *Studies*, page 90 f.

At 14, 14 Ovid addresses Circe as *Titani*, which Planudes translates as ὦ Τιτανίς. Propertius also gave Circe the name *Titanis*: cf. my *Studies*, page 22. It should be noted that the variant reading *Titanis* was preserved for us by Burmannus.

At 14, 512 Ovid refers to the *Calydonia regna*, i.e. the kingdom of Diomedes in Italy. Theocritus alludes to this kingdom at *Idyll* I, line 57: cf. «Notes on Theocritus and the Garland of Philip», *Orpheus* 23, 2002, page 128.

Conclusion. This is an excellent edition. Prof. Papathomopoulos and Dr. Tsavari should be congratulated on the production of a valuable tool of research. The translation by Planudes sheds interesting light on the text of Ovid, and offers the reader a fascinating insight into the study of ancient Greek mythology.

HEATHER WHITE

Andrea ERCOLANI, *Il passaggio di parola sulla scena tragica. Didascalie interne e struttura delle rheseis*, Stuttgart - Weimar: Metzler 2000, 252 pp.

La monografía de Ercolani consituye el volumen 12 de la serie *Drama. Beiträge zum antiken Drama und seiner Rezeption*. El trabajo se inserta dentro de una línea de estudio interesada en rastrear las huellas de lo que ya E. Fraenkel, en su comentario al *Agamenón* de Esquilo (vv. 613-4), denominó «grámatica de la técnica dramática», esto es, la serie de reglas y convenciones que se pueden deducir de los propios textos dramáticos y que tienen que ver con su puesta en escena.

Ercolani dirige su atención a los distintos marcadores internos que indican un cambio de réplica en el diálogo trágico, fundamentalmente, a los que

señalan el final de una *rhesis*. A este respecto distingue una primera clase, dentro de la cual se sitúan los marcadores internos de naturaleza implícita (capítulo II) y los explícitos (capítulo III), denominando a unos y otros con el término «didascalias». El término es usado en el sentido moderno de «direcciones escénicas». Entre las implícitas se hallan expresiones que sirven para dar paso a la respuesta del interlocutor, pero no sólo aquellas del tipo εἶρηται λόγος (*Fenicias* 1012), λόγος λέλεκται πᾶς (*Filoctetes* 389 ss.), πάντ' ἀκήκοας λόγον (*Ájax* 480), τὰ δ' ἄλλα σιγῶ (*Agamenón* 36 ss.), τᾶλλα δ' αὐτὸ σημανεῖ (*Bacantes* 976) o similares, sino también otras de un carácter menos marcado, como la afirmación de hablar con conocimiento de causa (*Agamenón* 315), el retomar la frase con la que ha concluido el anterior interlocutor, pero dándole otro sentido (como en *Antígona* 1046 ss.,

rhesis de Creonte, que recoge la idea del κέρδος expresada por Tiresias), etc. Entre las *didascalias* internas explícitas se sitúan aquellas con las que claramente se insta al interlocutor a tomar la palabra, imperativos (del tipo *Agamenón* 1061: σὺ δ' ἀντὶ φωνῆς φράζε καρβάνῳ χερί), interrogaciones (así, *Edipo Rey* 1140: λέγω τι τούτων, ἢ οὐ λέγω πεπραγμένον;), o preguntas directas (como en *Coéforos* 847: τί τῶνδ' ἂν εἴποις ὥστε δηλώσαι φρενί;).

Una segunda clase de marcadores tiene un carácter más complejo. Entre ellos se sitúan los anuncios de entrada y de salida de escena como módulo conclusivo (capítulo IV), *gnomai* (capítulo V) y fórmulas de despedida y plegaria (capítulo VI). Por lo que respecta a los anuncios de entrada o salida de escena, Ercolani señala su carácter formular y fijo: ἀλλά + verbo de percepción + verbo de movimiento para la entrada en escena, ἀλλά + verbo de movimiento para la salida, así como su funcionamiento como enunciado «performativo»; a esta información básica puede, no obstante, añadirse en ocasiones detalles particulares, esto es, información específica sobre el tipo de movimiento, el personaje que entra, etc. En cuanto a las *gnomai*, constituyen formas usuales de concluir una intervención (y en ocasiones incluso un episodio), pero a veces refuerzan, o mejor, se yuxtaponen a otros módulos conclusivos (al anuncio de un movimiento escénico, a una indicación escénica auténtica o a una plegaria). Por lo que se refiere a los últimos marcadores, el concepto de plegaria que Ercolani maneja es amplio (p. 179): en él incluye las maldiciones (como en *Helena* 162 ss.: κακῶς δ' ὄλοιτο μηδ' ἐπ' Εὐρώτα ῥοὰς / ἔλθοι· σὺ δ' εἴης εὐτυχῆς αἰεὶ, γύναι), así como formas de desear suerte (Eurípides, *Electra* 889: αἰεὶ δ' εὐτυχεῖς φάνοισθέ μοι) o de formular deseos (como en *Hécuba* 1291 ss.: εἶδ' ἐς πάτραν πλεύσαιμεν, εἶδ' δὲ τῶν δόμοις / ἔχοντ' ἴδοιμεν τῶνδ' ἀφειμένοι πόνων).

Los elementos estudiados por Ercolani lo son por representar fundamentalmente una expresión de la necesidad que el autor, y los actores, tenían de marcar los cambios de interlocutor en el diálogo trágico a la hora de representar la obra. La hipótesis de la que parte Ercolani la expresa con claridad en alguna de las páginas de su libro. Los signos diacríticos para el cambio de interlocutor y las *sigla nomenclatura* no existían porque no han sobrevivido. Las *didascalias* externas al texto (παρεπιγραφαί) son fruto de una praxis de escritura teatral medieval o moderna. Las que nos han llegado, y sobre todo las que están presentes en los escolios, están construidas so-

bre inferencias sacadas del texto. El problema de su autenticidad es de difícil solución: parece poco probable que remonten al autor y es bastante más verosímil que se trate de sucesivas interpolaciones de actores o de directores de escena (J. Andrieu, *Le dialogue antique*, París 1954, 187-9. En este sentido, ya M. Vetta, «Aesch. *Agam.* 1343. Una nota di scena passata nel testo?», *GIFC* 26 (1974) 159-64, 163 n. 15, consideraba las *didascalias* de la tradición como simples notas de lectores [Ercolani, cap. 1, n. 1]). El autor-director escénico estaba en condiciones de gestionar la distribución de papeles y de réplicas en cuanto autor; ahora bien, una vez que esta coincidencia de *roles* desapareció, «¿come era possibile al semplice regista individuare il confine delle battute ai fini della loro attribuzione ai personaggi e della distribuzione tra gli attori?» (p. 201). El hecho se explicaría porque en el interior del texto venían señalados de manera explícita los límites de cada una de las intervenciones gracias a la presencia dentro del mismo de señales de conclusión y de módulos indicativos de comienzo (por «moduli incipitari» Ercolani entiende el vocativo, el pronombre personal, el morfema que indica la persona verbal, el que especifica el género del que habla o de su interlocutor, etc., esto es, la deixis de comienzo) (p. 201, n. 7). Esta información presente en el propio texto hizo innecesario señalar diacríticamente la distribución de los distintos papeles u otras indicaciones escénicas, dada la por otra parte continua e interactiva relación con el texto trágico del autor y del director escénico. Sólo en un segundo momento, cuando el teatro deja de ser productivo y, sobre todo, cuando deja de ser recitado frente a un público de espectadores para pasar a ser leído por un público de lectores, surge la necesidad de distinguir las réplicas de los distintos personajes, una necesidad que no sentían el autor-director de escena y después el director de escena dada su competencia, operativamente adquirida.

Evidentemente queda por contestar la pregunta de por qué se introdujeron estas *didascalias* internas si el autor participaba en la producción y tenía a su cargo el entrenamiento de los actores originariamente. La respuesta que da Ercolani es que fueron las exigencias de memorización de actores no profesionales (al menos hasta la década de los años 440 a. C.) las que las hicieron necesarias. No podía ser de otra manera dada la hipótesis de la que parte. La reposición oficial de tragedias comenzó en el año 386 a. C. y por lo que se refiere al s. v a. C., sólo ocasionalmente se volvieron a poner en escena obras ya represen-

tadas en competiciones distintas a las de las Grandes Dionisias (no sabemos si por parte del autor-director escénico).

Queda, con todo, por señalarse la principal objeción a nuestro entender. La presencia en el texto trágico de estas convenciones (Ercolani señala que es difícil establecer cuándo, en qué medida y si el sistema formular que él discute se convierte en convención. La impresión que se tiene a propósito, por ejemplo, de los anuncios de entrada y salida es que Esquilo «suggerisca in certo modo una possibilità d'impiego funzionale di forme e formule per fornire informazioni registiche, forme e formule che vengono in progresso di tempo ampliate, potenziare e fissate fino a divenire convensione teatrale» [p. 140, n. 96]) no puede ser sólo —o principalmente— explicada por motivos de praxis teatral. Un ejemplo en contra lo proporcionaría la propia comedia antigua, mucho menos estructurada también respecto a estas convenciones que la tragedia. Pero es que además un estudio como el que lleva a cabo Ercolani, útil por su sistematicidad y la casuística que contiene, no puede dejar de lado aspectos importantes en el análisis literario. Uno de ellos es el que tiene que ver con el lugar dentro de la obra en el que tales módulos conclusivos aparecen: no creemos que tengan igual importancia cierres de discursos en el interior de un diálogo que aquellos otros que sirven para concluir una escena o todo un episodio, pongamos por ejemplo. O dicho de otra manera. Hay unidades significativas mayores dentro de la organización de un texto dramático (o si se quiere, de un relato) que exigen una puntualización de posiciones destinada a marcar no ya un cambio de interlocutor tan sólo, sino el paso a un segmento de acción nuevo. La plegaria, por ejemplo, ciertos tipos de ruego a la divinidad en tragedias que desarrollan una trama de acción conteniendo la elaboración de un plan de salvación y su realización escénica, suele aparecer al final de unidades significativas mayores (la elaboración de la intriga, la escena de engaño), como marca expresa de las distintas fases de su desarrollo escénico o como relato. Su presencia pone en evidencia no sólo el final de un discurso, sino de una parte de acción, significativa e importante además, por las connotaciones (de peligro y de necesidad, por ejemplo) que toda plegaria a la divinidad lleva consigo. Lo mismo podría decirse de la *gnome*, mero final formal de una parte del diálogo en ocasiones, pero que convertida en una secuencia de pensamiento más amplia, como es el caso de los patrones de reflexión general que estudia H. F. Johansen, *General Reflection in Tragic Rhesis. A*

Study of Form, Copenhagen 1959, se transforma en una forma poética mayor con la que señalar la conclusión de una parte importante de la acción en un género serio como la tragedia. De ahí la tendencia de algunos de estos patrones a aparecer, en el caso de un poeta como Eurípides, en finales de escena (sobre esta cuestión puede verse nuestro «El festival de Dioniso: un marco propicio para la intertextualidad», en: V. Bécáres (*et alii*) (eds.), *Intertextualidad en las literaturas griega y latina*, Madrid 2000, 41-57, donde se estudia la presencia del denominado *paradeigma oikeion* en la tragedia y en la comedia [especialmente en pp. 52-7]).

Más allá de esta visión del texto trágico como una historia que debe articularse semántica y escénicamente, algunas de estas convenciones, como el anuncio, por ejemplo, implicaban una duplicidad: el poeta daba expresión verbal a algo que los ojos de los espectadores veían. Taplin ha explicado el fenómeno con la vista puesta no tanto en el director escénico cuanto en el espectador (cf. *The Stagecraft of Aeschylus: The Dramatic Uses of Exits and Entrances in Greek Tragedy*, Oxford 1977), señalando la importancia de estas acciones significativas que el poeta sanciona con el texto, al indicarlas con palabras o señalarlas implícitamente (aunque S. Goldhill, «Modern Critical Approaches to Greek Tragedy», en: P. E. Easterling (ed.), *The Cambridge Companion to Greek Tragedy*, Cambridge 1997, 324-47, 339, recoge la diferente opinión de D. Wiles, *The Masks of Menander*, Cambridge 1991, a este respecto: «A good dramatist does not use language to duplicate information available to the eye» (p. 137). Cómo moverse, pues, del texto a la representación teatral sigue siendo para Goldhill un problema importante y constitutivo de esta línea de investigación). Otras veces, sin embargo, en didascalias que tienen que ver con otros aspectos de la realización teatral, la palabra (indicaciones sobre movimientos o ruidos que tenían lugar en el *hyposkenion*) venía a suplir lo que los ojos de los espectadores no veían, o a duplicar, por motivos estéticos, lo que mímicamente se estaba representando, ciertos tipos de movimiento que acompañaban a la ejecución de acciones rituales, por ejemplo. De modo que otras explicaciones, además de las que maneja Ercolani, deben ser tenidas en consideración a la hora de tratar estos fenómenos: convenciones del diálogo trágico que debieron de desarrollarse no sólo por motivos de puesta en escena.

Objeciones menores que podrían hacerse aparecen apuntadas por el propio Ercolani. Así, aun-

que una señal de cambio de interlocutor comporta el paso de la palabra en el tiempo más breve posible, en ocasiones el que está hablando sigue pronunciando algunos versos más después de darla. Esto quiere decir que el otro interlocutor tenía que estar preparado para no intervenir de modo inmediato y dejar acabar al que le había dado la señal (caso, por ejemplo, de Sófocles, *Electra* 73-6, en que la *rhesis* de Orestes se cierra con una yuxtaposición de varios módulos conclusivos: una didascalía implícita de haber acabado —εἴρηκα μὲν νῦν ταῦτα—, la exhortación al interlocutor, un anuncio de salida y un dístico en tono sentencioso). Casos como éstos, señala Ercolani, constituyen una excepción, no la regla. Pero creemos que hay otros similares: que se den señales de haber acabado de hablar y de ir a salir de escena pero se espere a que el otro o los otros interlocutores que participan en el diálogo den expresión a sus réplicas para salir todos juntos de escena. O que medie la intervención breve de un tercero antes de que el interlocutor al que se había pasado la palabra comience a hablar (un caso donde se dan ambos fenómenos al tiempo lo representa *Helena* 1278-300: Teoclímene concluye el diálogo como si fuera a salir de escena y dando instrucciones de entrar en el palacio a Helena, pero Menelao interviene antes de que lo haga ésta; luego, los tres salen juntos al final del episodio tercero).

Creemos que el propio Ercolani se da cuenta del alcance que los fenómenos por él estudiados tienen. La «gramática de los textos dramáticos», la serie de convenciones que explican estas particularidades del diálogo trágico debe ser siempre interpretada dentro de un análisis literario más amplio y es aquí donde alcanza su significado último. No de otra forma puede entenderse que haga suya una observación como la que expone Taplin en la p. 130 de su libro ya mencionado: «Greek dramatists did not write stage directions in the usual sense; but whenever any stage business was an important element in the play they reflected it clearly in words» (p. 15, n. 1). Es esta *importancia* del elemento en cuestión la que está sometida a interpretación y sobre cuyo significado debe preguntarse el crítico.

Por lo demás, la serie de observaciones críticas que sobre el estado de la cuestión ofrece Ercolani, así como la sistematicidad de su estudio (incluye en el mismo a los tres trágicos), ya antes apuntada, el índice de pasajes que contiene el libro y el incidir en una cuestión que forma parte de una línea de investigación de actualidad hacen de su monografía una obra de indudable utilidad para el estudioso de la tragedia griega.

M. QUIJADA
Universidad del País Vasco

Zeitschrift für Celtische Philologie 52, herausgegeben von Karl Horst Schmidt, Rolf Ködderitzsch und Patrizia de Bernardo Stempel unter Mitwirkung von Herbert Pilch, Tübingen 2002: Niemeyer Verlag.

En el trabajo de Hans Hartmann (†), «Was ist "Wahrheit" (2)?: Ein Vergleich französischer, keltischer, indischer und griechischer Vorstellungen von der Verwirklichung der Wahrheit; eine kulturgeschichtliche und sprachwissenschaftliche Analyse. Teil I» (1-100), se ofrece la segunda parte (de considerable e inusual extensión) del breve artículo homónimo del mismo autor aparecido en *ZCP* 49-50 y que va a tener continuación en *ZCP* 53 y *ZCP* 54. Los editores se han decidido a publicar así, de modo fraccionado, un escrito póstumo dedicado en general al concepto o idea de verdad básicamente en el mundo celta y, en especial, en la tradición irlandesa.

La concepción básica de la que Hartmann parte en este trabajo es que es posible establecer un nexo concreto entre sistema lingüístico y sistema ideológico (cf. p. 3), un proceder seguido en trabajos previos como el conocido *Das Passiv: Eine Studie zur Geistesgeschichte der Kelten, Italiker und Arier* (Heidelberg 1954). En términos parecidos, en general, a partir de la idea de que lo lingüístico puede reflejar aspectos relevantes del pensamiento, ideología, representación de los hablantes, se plantean por cierto obras de destacados indoeuropeístas como Campanile (cf. reseña en esta revista 18-19 2001-2002 514-516), Rix (cf. reseña en esta revista 13 1996 277-282) o Watkins, aunque las diferencias entre cada autor no pueden ser obviadas. Por supuesto, en este ámbito han tenido un especial protagonismo el conocido diseño trifuncional planteado por Dumézil (siguiendo a Duby), y este es uno de los puntos que primero desarrolla Hartmann en este texto (pp. 5-19).

La relación entre aspectos lingüísticos más o menos sistemáticos desde consideraciones psicológicas o ideológicas resulta en algunos lugares bastante dudosa. Así, no es demasiado claro que hoy en día se pueda considerar que el sistema lingüístico del alemán es «objetivo» (p. 5) o que lo que caracteriza al sistema en el que se ubican los conceptos de rey, di-nastía, verdad, druidas (pp. 21-35) sea la «Kategorie der Unpersönlichkeit».

A partir de este momento, el autor se dedica a analizar otras figuras y conceptos que se pueden relacionar con el concepto de verdad: el árbol y su relación con el mundo de ultratumba (pp. 38-44). Y, a partir de aquí, se hace una referencia muy extensa de todo lo referente a los muertos (sacrificio del caballo pp. 44-56, festival de Lughnasa, etc.), básicamente mediante la cita extensa de pasajes de la obra *Der Totenkult in Irland: Ein Beitrag zur Religion der Indogermanen* (Heidelberg 1952) del propio autor, referencias que alargan en exceso el texto.

La estructura general del texto no es demasiado clara y el lector corre el peligro de perderse en la acumulación de citas. El índice de temas ofrecido al comienzo de esta parte no es muy efectivo.

Miranda J. Aldhouse-Green, «Pagan Celtic Iconography and the Concept of Sacral Kingship» (102-117) estudia el reflejo del concepto de «realeza sacra», tal como viene definido en la literatura mítica irlandesa, en la imaginería escultórica precristiana de las Galias y Britania, junto con una propuesta explicativa de tal conexión. Para ello se detiene en el análisis de algunos rasgos recurrentes en la mitología de la realeza sacra, como es el de la diosa de la soberanía en su doble y ambigua vertiente de dadora de vida y muerte o en su función de defensora del territorio, que puede ser reflejada iconográficamente en ciertas divinidades representadas con lanza en una mano y caja en la otra. Otro componente recurrente del mito irlandés es la participación o unión sexual entre la diosa de la soberanía y el rey, circunstancia que puede estar representada por las parejas de divinidades (diosa con aspecto de animal y dios-rey con aperos de labranza como símbolos de la oposición entre fuerza natural salvaje y cultura civilizadora). La autora cree percibir en la dualidad de ciertas dedicaciones epigráficas, en las que la diosa porta nombre galo mientras que el dios lo lleva romano (p. ej. las parejas Sirona-Apollo; Damona-Apollo; Rosmer-ta-Mercurius), un reflejo político e histórico de la relación antes mencionada entre diosa soberana, dueña legítima y defensora del territorio, y rey, que

lo gobierna como en delegación de la diosa. Otro elemento del mito, conocido bajo el episodio de la *puella senilis*, habla del rasgo de la inestabilidad de la diosa, que se refleja en cambios de edad y forma; la iconografía de las *matres* renanas y de otras diosas triples o dobles, en las que hay clara diferencia de edad entre ellas sería un reflejo de este mitema. Independientemente de la pertinencia de estas uniones o equiparaciones, en las que hay una clara libertad asociativa, lo más llamativo del estudio de la autora reside en su propuesta explicativa para estas supuestas conexiones literario-iconográficas: el motivo estaría en la visita de los monjes irlandeses al continente hacia el s. VI, donde tuvieron oportunidad de contemplar los monumentos paganos, aún no derruidos o caídos en desuso.

Nikolai N. Kazansky, «PIE megh-» (118-120) califica de isoglosa italo-celto-indo-iraniana la derivación en -s sobre grado -o- de la raíz *megh- (lat. *mox*, irl. a. *mos*, scr. *maksu*, av. *mosu*), representada en gr. μέγρι, arm. *merj* “cerca”.

Alexander Falileyev, «Celto-Slavica II» (121-124) trata sobre las relaciones indoeuropeas y especialmente eslavas de las palabras célticas para “barba, pestaña”, etc. (irl. a. *grend*, gal. *grann*), que busca en esl. *grodi “pecho”, valorando las diferentes propuestas etimológicas que conciernen a las raíces *g^wrendh- “hinchar” y *gher- “elevarse, despuntar”.

Václav Blazek, «Celtic-Anatolian isoglosses» (125-8), propone correspondencias anatólicas para irl. a. *airne* “stone” en el anatólico *pér, caso obl. *parn-* “house” y para celta *lati- “warrior, hero” en anatólico *latti- “tribal trop(s)”.

Václav Blazek, «Balor- the blind-eyed?» (129-133), tras hacer un repaso de las etimologías propuestas hasta ahora, se basa en la equiparación con algunos epítetos del dios germánico Odinn (*báleygr* “fire-eyed” y *bileygr* “lame-eyed”) para proponer un étimo *b^hol-h₃(o)k^wlo- “blind(ing) eyed”, que con las evoluciones esperadas (*bolVqlo- > *boraqlo / *bolaqro- > *bolqr / *borql > *bolr / *borl) dé irl. a. *bolar*. El étimo estaría en la base de los términos románicos de sustrato, como fr. *borgne* o it. *bornio* “tuerco”.

Joseph F. Eska, «Further to Vercelli so=» (134-5), matiza sus anteriores propuestas identificando la forma como 3.^a pers. sing. acusativo de un pronombre proléptico, que no sería otro que *isto- (atestiguado en lep. *isos* y celtib. *stam*), teniendo en cuenta el empleo de la san para la anotación del tau Gallicum o el reflejo de grupos consonánticos.

Karl Horst Schmidt, «Die altirischen Glossen als sprachgeschichtliches Dokument» (137-153), ofrece el texto de una conferencia dedicada al interesante tema de la relación entre el texto y la presentación o imagen de la lengua en tanto que sistema. El autor delimita el concepto de «irlandés antiguo» a los textos (pp. 137-140) y se centra en concreto (pp. 141-146) en la relación entre escritura y acento de palabra y frase y, por otro lado, en el hecho de que las formas verbales mejor testimoniadas sean las de 3.^a persona, así como en una interesante comparación entre los procedimientos textuales irlandeses y otros más o menos contemporáneos de Europa oriental.

Peter Busse, «Die 3.Sg.Prät. im Mittelkymrischen - ein Wechsel im Paradigma» (154-199), es un extenso resumen de la tesis de licenciatura presentada en Bonn (1996). El problema concreto es la razón y modo en que se ha establecido una des. de 3.^a sg. de pret. en *-awd* dentro de un paradigma que —por lo demás— muestra en sus sufijos la *-s-*. El análisis de este problema es desarrollado de modo claro y procedente con consideraciones generales sobre el lugar paradigmático de la 3.^a sg. (pp. 157-159), con una recapitulación sobre el origen y desarrollo del pretérito en celta (pp. 159-166; aquí se podría haber alguna referencia a monografías relevantes como R. Stempel, *Die Diathese im Indogermanischen (Formen und Funktionen des Mediums und ihre sprachhistorischen Grundlagen)*, Innsbruck 1996, o E. Roma, *Da dove viene e dove va la morfologia (Forme sintetiche e forme analitiche nella storia del verbo irlandese)*, Materiali Linguistici Univ. di Pavia, Milano 2000), y con la detallada presentación del desarrollo histórico de estas formas en *-awd* en galés (pp. 166-184). Este problema recuerda —como cambio lingüístico— al de la paulatina implantación de la *-s* como marca de 3.^a sg.

Zeitschrift für Celtische Philologie 53, herausgegeben von Karl Horst Schmidt, Rolf Ködderitzsch und Patrizia de Bernardo Stempel unter Mitwirkung von Herbert Pilch, Tübingen 2003: Niemeyer Verlag.

Patrizia de Bernardo Stempel, «Die sprachliche Analyse keltischer Theonyme ("Fontes Epigraphici Religionis Celticae ANtiquae")» (41-69), procede en este trabajo a una ejemplificación de las diferentes mejoras que pueden darse en el análisis lingüístico de los teónimos celtas recogidos en el proyecto

a lo largo de la historia del inglés (cf. el reciente trabajo de D. Stein, «On the Mechanisms of Morphological Change», *Theoretical Morphology (Approaches in Modern Linguistics)*, ed. by M. Hammond and M. Noonan, London 1988; 235-249).

Manfred Hainzmann, «The F.E.R.C.AN. Project: Fontes epigraphici religionis Celticae antiquae» (211-8) da cuenta de manera clara y precisa de los objetivos y la metodología de trabajo de este proyecto auspiciado por la academia austríaca de las ciencias, en el que participan miembros de diferentes países y universidades europeas. Estima el coordinador de este proyecto que, aun existiendo trabajos, recensiones, enciclopedias, diccionarios y monografías valiosas falta «a fundamental, comprehensive documentation of all epigraphic evidence of Celtic religion within the ancient world». Para llevar adelante el proyecto se cuenta con filólogos, arqueólogos, epigrafistas e historiadores, entre los cuales hay una notable participación española. El Corpus Fercan reunirá no solo los epígrafes monumentales, sino también los textos sobre *instrumentum* y material lingüístico secundario, como topónimos o antropónimos teofóricos, que hagan referencia a la religión céltica, siendo uno de los objetivos prioritarios del proyecto la reevaluación e interpretación del material epigráfico y lingüístico.

El volumen se completa, como es habitual, con una amplia sección de reseñas (229-356) sobre diversas publicaciones relacionadas con la filología y la historia célticas

JOAQUÍN GORROCHATÉGUI
CARLOS GARCÍA CASTILLERO
UPV/EHU

FERCAN (véase la reseña al n.º 52 de *ZCP*, *supra*). Tras un breve repaso, a modo de ejemplo, de las carencias percibidas en algunas de las obras publicadas con anterioridad, establece una clasificación de los teónimos celtas en relación a su grado de celticidad, que constituye una guía metodológica para la organización futura del material recopilado: teónimos claramente celtas (KE), celtas explicables a partir de material celta posterior (KX), posiblemente celtas o, al menos, no forzosamente no-celtas (K?), celtas con denominaciones latinas paralelas (KL), formaciones híbridas o mixtas (MI), a las que se añaden otras

categorías secundarias como las formadas por aquellas divinidades solamente conocidas bajo nombre latino, pero que por razones externas se asignan al mundo religioso celta (LA), las desconocidas (UN) o las detoponímicas (TO). Trata a continuación algunos casos que afectan a problemas diferentes, a) como la inclusión de algunos nuevos teónimos (como el aquitano *Xuban*, que relaciona con Γοβαυο de Berna o *Cobannol/Cobannu* de Vézelay, para lo cual admite una lenición inicial de /g/ > /γ/ escrita <X>), b) las variantes alomórficas, algunas basadas en la cronología (*Mediocrarus* > *Mesocrarus*, con un proceso de palatalización del grupo -dy-), c) formaciones etimológicamente relacionadas y quizá variantes, d) variantes semánticamente equivalentes, como *Rudianos* y *Cocidios* (con diferente extracción lingüística y cronológica) o *Suleviae* y [ου]λατιαβ[ο], con paralelo semántico latino en *Matribus Gubernatricibus*, d) nuevas propuestas de explicación etimológica o de relación mutua entre diferentes divinidades. El trabajo se completa con una rica bibliografía y sustanciosas notas con información sobre múltiples problemas de naturaleza fonética, morfológica o dialectal.

Victor Kalygin, «Some archaic elements of Celtic cosmology» (70-76), observa en ciertos términos celtas las trazas lingüísticas de un sistema opositivo dual muy antiguo en lo que respecta a la concepción cosmológica. Analiza los vocablos irlandeses *domun* y *bith* para referirse al “mundo”, así como los galeses *dwfn* (relacionado con el primero y procedente de **dubnos* “(mundo) oscuro”) y *elfydd* (procedente de **albios* “(mundo) luminoso”). Aduce algunos otros ejemplos de esta oposición entre oscuro-negro / blanco-brillante, como en la pareja de dioses eslavos *Chernobogu* / *Belobogu*, para apuntar muy someramente algunos mecanismos de sustitución léxica, que están en la base de creación de otros términos celtas como *Annwfn*.

Jürgen Zeidler, «On the Etymologie of *Grannus*» (77-92), hace un repaso de las propuestas emitidas anteriormente, básicamente tres: a) **gher-* /*ghre-* “project, stand out” que da lugar a las palabras para “barba, pestaña” en irl. ant. *grend* y gal. *gran*, con lo que sería «(god) with (long, bushy) hair, beard or eyebrows»; b) **g^wher-* “warm”, en la base de irl. ant. *gorim* “calentar”, que permitiría hablar de un “sun (god)” o “(god of) thermal wells”; c) **gher-* “shine”, para pasar luego a una evaluación a la luz de los datos lingüísticos y arqueológicos. La primera propuesta no es sostenible según el autor, ya que no

hay ninguna representación gala o britona del dios *Grannus* con barba, aparte de que el topónimo tardío-antiguo *Grinariium* pediría una base **grennos*. Ello le hace inclinarse por la segunda etimología, que concreta en la forma **g^whr-snólá-*, derivado nominal al estilo de **louk-sná-* (> lat. *luna*, av. *raoxsná*), que a través de una evolución regular, **grsnó-* / **gwr-snó-* (según se acepte la idea tradicional de Osthoff o la de Morris-Jones) > **garsnó-* > **grasno-* > *Granno-*, llevaría a entender el nombre como una divinidad relacionada con las aguas termales o con el sol. Varios argumentos de tipo arqueológico y epigráfico, como la no especial relación con los balnearios termales y su unión con el epíteto *Phoebus*, su culto en el santuario de Faimingen (<*Phoebiana*) y relación con el epíteto *Amarcolitanus* “de vista larga”, hacen inclinar la balanza de modo muy plausible hacia la vinculación de *Grannus* con el sol.

Tatiana Mikhailova & Natalia Nikolaeva, «The denotations of death in Goidelic: to the question of Celtic eschatological conceptions» (93-115), proponen un análisis léxico de las palabras utilizadas para mencionar la muerte con el objetivo de obtener de esta forma una idea de la mentalidad irlandesa sobre el fenómeno. Analizan para ello un repertorio no exhaustivo, aunque representativo, de textos en los que se menciona la muerte, llegando a la conclusión de que sus denominaciones se agrupan en seis apartados: muerte como pérdida, como inaccesibilidad a la percepción sensorial, como deformación de la sustancia, como partida, como entierro y, finalmente, como mera muerte. El análisis de los términos da pie a otras consideraciones, como la visión de la muerte desde el propio muerto o desde el punto de vista de los vivos que quedan, así como otras connotaciones relacionadas con el fenómeno: oposición entre muerte no natural y súbita (*aided*) frente a muerte natural (*éc*), llegando a la conclusión de que, por lo general, la muerte se percibe como un paso a otro tipo de existencia, oculta a nuestra vista, pero no el fin último de la existencia.

Tom Markey & Bernard Mees, «Prestino, patrimony and the Plinys» (116-167) llevan a cabo un exhaustivo estudio de la famosa inscripción lepóntica de Prestino, en la que tocan múltiples aspectos epigráficos, paleográficos, históricos y lingüísticos. Además, el artículo da cuenta indirecta de muchas otras cuestiones relacionadas con la epigrafía del Norte de Italia, no solo la lepóntica, sino también la rética, venética o etrusca, así como con la onomástica regional. Interesantes apreciaciones sobre la evo-

lución y la cronología de las diferentes *alphae*, así como sobre los paralelos y diferencias existentes entre la epigrafía véneta y lepóntica, que llevan a pensar en una recepción independiente de la venética a partir del etrusco. La impronta etrusca es evidente, tanto en la práctica escrita (diferencia de san / sigma, secuencia *-uv-*) como en la derivación morfológica del nomen *plialeou*, que interpreta como una base *Pli-* derivada mediante el suf. etrusco de genitivo y patronímico *-al-*, al que luego se añade una derivación propiamente lepóntica. Los autores ponen en relación esta base con el famoso nomen latino *Plinius*, cuyo origen estaba precisamente en la región de Como y que es, a su vez, una formación etrusca (**pli-nie* < **pli-na-ie*). Por lo demás, los autores destacan el nítido mantenimiento de viejas características indoeuropeas, reconocibles en las formaciones compuestas como /uwamogotsis/ "having supreme guests" o /uwltiawyobos/ dat. pl. "grandsons (awyo-) of the fostered one (**up-H₂l-ti-*), o en los recursos literarios como la aliteración, la rima y combinación de sílabas, para los que traen a colación paralelos del indio antiguo. El estudio se completa con una rica bibliografía.

Kenneth Shields, «On the Origin of Celtic First and Second Person Plural Personal Pronouns in **s-*» (168-180), esgrime la «new image» de la morfología proto-indoeuropea (= PIE; término con el que se refiere a la conocida idea de que se debe considerar una evolución diacrónica para el PIE que parte desde un estadio preflexivo «primitivo») para interpretar las ciertamente problemáticas formas irl. ant. 1.^a pl. *sní*, 2.^apl. *sí*, que deriva respect. de protocelta **sne* **sue*; así, **sne* < (metátesis) **ns-e* (donde **-e* sería «the ancient oblique or non-singular marker») y **sue* < **us-e* o, como alternativa, **s-ue-s* (donde **s-* sería grado cero de un demostr. **(e/o)s* + tema **ue-* + marca de plural **-s*). Un aspecto que queda completamente fuera de la consideración del autor es la (al menos) argüible relación de estas formas tónicas con las correspondientes átonas (aspecto tratado en esta misma revista 18-19 (2001-2002), 263-265).

Graham Isaac, «Prospects in Old Irish Syntax» (181-197), ofrece una revisión muy somera del desarrollo de los estudios sobre sintaxis del irl. ant. y, dentro de ello, del valor de la obra de Mac Coisdealbha (*The Syntax of the Sentence in Old Irish (Selected Studies*

from a Descriptive, Historical and Comparative Point of View, New Ed. with Additional Notes and an Extended Bibl. by G.R. Isaac, Tübingen 1998) en tanto que se dedica a un tipo oracional representativo que implica una variante pragmáticamente marcada del orden canónico de verbo inicial. Isaac se adhiere a la idea de que los fenómenos sintácticos de tmesis y ley de Bergin (cf. de Amra Choluim Chille, el conocido ejemplo *libru solman sexus*) no representan un arcaísmo proveniente de una fase anterior al establecimiento y generalización del citado verbo inicial.

K. Murria, «A Reading from *Scéla Moauluim*» (198-201), plantea brevemente la posibilidad de entender la palabra *tigernmas* no como adjetivo sino como un teónimo (con lo que el pasaje implicado *do-tung dom día tigernmas* podría ser «I swear to my god of lordly beauty», pero también «I swear to my god Tigernmas»).

Stephan Zimmer, «*A uo penn bit pont*: Aspects of Leadership in Celtic and Indo-European» (202-229), considera la oración citada («quien es la cabeza, él ha de ser el puente») en relación con conceptos parecidos de otras lenguas indoeuropeas. Tras un excursus sobre la correspondencia en la que está el lat. *pons pontis* y sobre el concepto de «puente» (con la curiosa afirmación de que «the Proto-Indo-Europeans hardly knew bridges in any modern sense of the word»), trata los compuestos lat. *pontifex*, ia. *pathi-krt-* como equivalentes a la frase galesa, que sería su paráfrasis sustitutiva. Nuevamente se puede hacer referencia aquí a la obra de Campanile (cf. esta revista 18-19 (2001-2002), 514-516) para una explicación diferente a la correspondencia de latín e indio antiguo.

A. Shisha-Halevy, «Juncture Features in Literary Modern Welsh: Cohesion and Delimitation - *Problematik*, Typology of Exponents and Features» (230-258), aplica el análisis de la juntura textual planteado por H.B. Rosén (que considera desde sintagmas hasta oraciones complejas) a textos literarios del galés moderno, en concreto los efectos textuales de la lenición y su ausencia, además de los pronombres y demostrativos.

JOAQUÍN GORROCHATEGUI
CARLOS GARCÍA CASTILLERO
UPV/EHU

Blanca María PRÓSPER, *Lenguas y religiones prerromanas del occidente de la Península Ibérica*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2002, ISBN 84-7800-818-7, 517 páginas.

Debemos a Blanca Prósper (BP) un nuevo corpus sobre las divinidades indígenas del oeste de Hispania; hemos de congratularnos doblemente porque el catálogo teonímico venga además acompañado de un estudio lingüístico y, a partir de éste, de propuestas de clasificación de la(s) lengua(s) directa o indirectamente atestiguada(s) en el occidente de la Península Ibérica (PI). El libro se halla dividido en varias partes, en una estructura adecuada a los distintos contenidos; la Introducción, entre las págs. 11 y 39, se encarga de presentar las líneas metodológicas y de contenido básicas para la correcta comprensión del libro. Aquí, la autora declara como principio que nos vamos a encontrar eminentemente ante un libro de lingüística (pág. 12), y separa cualquier otra consideración de tipo cultural o material, de tal manera que, en su código terminológico, los habituales «celta» o «indoeuropeo» se refieren a quien habla una lengua celta o indoeuropea, con independencia de otras consideraciones más étnicas. En su propósito de estudiar la situación lingüística de la Antigüedad, pretende descubrir las relaciones dialectales de las lenguas del occidente peninsular a partir de una base documental amplia, y prioriza «las inscripciones indígenas y las latinizadas siempre que contengan formas teonímicas» (pág. 16). BP juega con la ventaja de quien lleva varios años reflexionando sobre las lenguas antiguas, puesto que previo al análisis del material, nos hace ya de antemano un esbozo de esas relaciones dialectales que, como finalidad de la obra, pretende descubrir. En virtud de estos propósitos, considera necesaria la existencia de tres grupos lingüísticos para explicar toda la variedad del occidente peninsular.

A) El grupo celta, cuya celtidad se habría forjado fuera de nuestras fronteras; aparte del celtibérico, lengua bien atestiguada, contaríamos con el hispano-celta occidental, quizá dialectalizado. También nos encontraríamos con grupos celtas en la Beturia céltica y en el NO galaico.

B) La segunda realidad lingüística recibe desde hace varios años el nombre de *altheuropäisch*, o antiguo europeo, quizá más de una lengua, incompatibles con la celtidad. El concepto de *altheuropäisch* no deja de ser exclusivamente onomástico (más concretamente hidronímico) y se ha convertido en una forma cómoda de denominar varios supuestos con una sola palabra.

BP parece decantarse por la idea de que el antiguo europeo no se corresponde con la presencia en Hispania de un pueblo concreto, sino que serían los celtas o los lusitanos quienes pudieron haber traído a la PI hidronimia europea antigua, lo que soluciona en parte el engorroso presupuesto de admitir una unidad indoeuropea anterior a las lenguas históricas. En otro orden de cosas y fuera de la línea temática de la religión, no duda en aceptar las recientes teorías de Villar sobre la existencia de un estrato lingüístico con atestiguación fundamentalmente hidro-toponímica (llamado meridional-ibero-pirenaico), diferenciado del *altheuropäisch*, y con afinidades con las lenguas itálicas y bálticas. Esto entronca de forma matizada con la antigua teoría de Menéndez Pidal sobre una colonización suditálica de la PI, pero no a cargo de soldados romanos de procedencia suditálica.

C) El tercer grupo, el lusitano(-galaico), podría presentar diferentes rasgos dialectales. BP estima que lo lusitano debe separarse de lo celta, en virtud de ciertas características conocidas desde hace tiempo que, en rigor, no pueden reducirse a las lenguas llamadas celtas, como la presencia de *p-* en nombres como *Pallantia*. El convencimiento de que no se trata de una lengua celta se ve incrementado por la existencia de un celta galaico que ha perdido la **p-* (pág. 20).

Interesante resulta también la discusión sobre ciertos términos que se han venido utilizando como definidores de los pueblos hispanos: *proto-celtas* o *pre-celtas*. Algunos de estos términos, que inducen a error, deben dejarse de utilizar (pág. 23), dado que, por ejemplo, *pre-celta* no tiene que ver con una lengua que acaba convirtiéndose en celta, como parece sugerirse a veces, sino con pueblos anteriores a los celtas que nada tienen que ver con ellos.

El panorama lingüístico que BP proyecta sobre la PI descarta la existencia de material lingüístico no indoeuropeo en las regiones occidentales (pág. 27). La autora cierra la puerta de una manera tajante a la existencia de nombres que, eventualmente, pudieran tener un origen, cuando menos, dudoso. El único caso es la divinidad *Ilurbeda*, nombre de lugar divinizado sin sufijación (cf. *Ilurbida* en Carpetania), para el que recurre precisamente a un origen no indoeuropeo por la dificultad de hallar una etimología razonable, sugiriendo la posibilidad de que sea una forma ajena al área lusitano-galaica (pág. 33).

En cuanto a la presentación y manejo de todos los datos del corpus, BP pone de manifiesto la difi-

cultad de agruparlos y clasificarlos todos. Aquí es la parte española la menos desarrollada, dado que los portugueses han estado más preocupados por sistematizar las atestigüaciones de su país. Para el estudio concreto de los teónimos establece una clasificación alejada de lo tradicional; frente a las divisiones más clásicas de Untermann, por ejemplo, que separaba teónimos primarios (sin sufijos, del tipo *Bandu*, *Cosu* y *Nabia*) de los teónimos secundarios (derivados, susceptibles de autonomía, tipo *Issibaeus*) y de los epítetos (derivados de derivados, como *Isibraicu*), BP utiliza una clasificación mucho más acorde con las posibilidades de análisis de la documentación, entendiendo que existen únicamente dos categorías; la primera de teónimos (sustantivos no sufijados) y la segunda de epítetos (adjetivos temáticos con sufijo velar). Entiende así que cuando el epíteto aparece sin teónimo, éste se sobrentiende. Esta interpretación comporta básicamente dos consecuencias: la primera es que los teónimos no se subordinan a otros, sino que lo que se añade son epítetos, casi siempre de carácter local. La segunda es de carácter morfológico, y es que sufijos como *-aeo-* y *-aeco-* son alomorfos funcionales y no existe una secuencia *-aeo-* secundario \rightarrow *-aeco-* epíteto. En la aparente irregularidad a la fórmula sust. + adj., representada por «adj. en **(i)yo-* + adj. en **(a)iko-*», BP recurre a una explicación propia de quien está acostumbrado a manejar etimologías: **(i)yo* no procedería de **-yo-*, sino de **-iHo-*, antiguo indicador de relación (págs. 34-35).

Tras la introducción, hace un repaso de las inscripciones indígenas en lengua lusitana: en el apartado II, la inscripción rupestre del Cabeço das Fraguas (págs. 41-56), en el III, la inscripción rupestre de Lamas de Moledo (págs. 57-68) y en el IV, las inscripciones de Arroyo de la Luz (págs. 69-87). Entre los exhaustivos análisis de las inscripciones, con interesantes intentos de clasificación, BP considera la forma *Trebopala* de Cabeço como un híbrido, cuya primera parte procede de la lengua lusitana (*o* y *a* diferenciadas en *Trebo-*) y cuyo segundo elemento procedería de una lengua que confundía **o* y **a* en *a* (*-pala*). La misma condición de no lusitano aplica al teónimo *Laebo* (para BP < **lei*). No obstante, no resulta económico desde un punto de vista metodológico suponer la existencia de una lengua diferente para explicar unas pocas excepciones. En el caso de *-pala*, puede intentar explicarse la aparente irregularidad acudiendo a otro tipo de explicaciones, desde la llamada Ley de Joseph (**eRa* > **aRa*, pág. 424) a la posibilidad de que se trate de un resultado lusitano con timbre *a* de la **l* vocálica.

En último caso, siempre podría acudir a términos con *a* presentes en todas las lenguas indoeuropeas, no siempre bien explicados. Por otro lado, la autora se atreve con el análisis etimológico de todos los elementos de las inscripciones de Arroyo y con su traducción, ejercicio especialmente dificultoso por estar hoy perdidas, y seguramente transmitidas con errores.

Tras el estudio de estas inscripciones cuyo contenido puede bien entenderse como una serie de ejemplos de lengua lusitana, pasa al análisis de los distintos teónimos agrupados según su función en el culto. El capítulo V, dedicado a las divinidades fluviales (págs. 89-172) recoge nombres como *Abne*, *Aquiae*, *Arantio*, *Besenclae*, *Moelio*, *Reue*, *Salamae*, *Sigerio*, *Tongoe Nabiagoi*, *Torolo* y *Sannoaua*. La interpretación de un hápax como *Abne* (al que dedica más de 6 págs.) choca con ciertas dudas razonables sobre su lectura, sobre todo cuando considera este nombre como una clave para entender las relaciones dialectales, aproximándolo al latín. En cuanto a *Tongoe*, puede decirse que realiza un valiente análisis eliminando la relación con irl. *tongid* «jurar», por dificultades en la formación del nombre, aunque el hecho de decantarse por una raíz o por otra me parece demasiado arriesgado.

La confusión entre el vocalismo *a* / *e* en *Arant-* / *Arent-* sirve de nuevo para revisar el tema de las lenguas que confunden **o* y **a*: BP recurre (pág. 400) a la influencia de la yod siguiente, al estilo de la infección: **-anCy-* > **-enCy-*. Pero, como ella nota, hay una diferenciación de sufijos paralela a la diferenciación vocálica: ello permitiría imaginar que quizá no se tratase de una lengua que confundiera *o* y *a*, sino de una diferencia en el vocalismo radical según el sufijo. Así, creo que el grado pleno **arent-* daría *e* y el grado cero **arnt-* daría *arant-* (evolución que ella admite en **g^wmtu-* > *Bandu*).

El capítulo VI está dedicado a montes, peñascos y valles (págs. 173-203), con divinidades como *Borea*, *Carneo*, *Coluau*, *Coruae*, *Craro*, *Crougiai*, *Luruni*, *Munidi*, *Nauiaie*, *Ocrimirae*, *Remetibus*, *Vordio Talaconio*, *Togae*, *Turculae*, *Verore* y *Moricilo*. En el VII recoge los teónimos relacionados con campos, bosques y praderas (págs. 205-223), como *Ariouñis Moncosegaeigis*, *Erbine*, *Nimmedo*, *Vestio Aloniec*, *Vrilouco* o *Louciai*. El VIII es un estudio concienzudo sobre dos nombres, *Cossue* y *Collouesi*, que considera nombres de confluencias (págs. 225-256). Por otro lado, *Bandue* / *Bandi* es considerada divinidad del pasaje (capítulo IX, págs. 257-281); y el resto de las divinidades reciben un estudio separado

en el apartado X (págs. 283-312): *Aetio*, *Aerno*, *Ara-bo*, *Ataecina* (para la que propone una segmentación **at-aiko-ina*), *Edigenio*, *Quangeio*, *Suleis* y *Lugubo*.

Los capítulos XI (págs. 313-321) y XII (págs. 323-353) están consagrados a divinidades romanas con epítetos indígenas y a epítetos sin teónimo, entre éstos *Bormanico* y *Endouellico* (rechazando la ecuación que lo une a formas como galo *Ande*).

El gran bloque sobre conclusiones en el que incluye varios apartados comienza en el capítulo XIII con unas consideraciones sobre la conjunción *indi* (págs. 355-356), que une a latín *inde* más que al alemán *und*. El XIV está dedicado a la fonética y morfología de **-brig-* (págs. 357-382) y cuenta con interesantes apreciaciones en lo referente a sufijaciones del tipo *-brigo*, *-braeag-*, *-braeg-*, *-braeo*, etc.

El capítulo XV resume las principales evoluciones fonéticas comentadas (págs. 383-427) y en él quisiera detenerme un momento, puesto que resulta fundamental en las consideraciones finales sobre relaciones dialectales de la lengua lusitano-galaica. En primer lugar, hace un repaso al vocalismo; ya he referido mis dudas al respecto de que exista una lengua que confunda *o* y *a*. Otro de los puntos que comenta también es el de la monoptongación de *ei* en *\Oe.*, con una grafía E septentrional y E / EI / I en la zona más meridional. Sólo a modo de apunte: de una lectura atenta he creído entender que en pág. 386 sugiere una *ē* larga original para formas como *Peinticis* (**pentyV-*) o *Meidugenus* (**medugenus*) y no acierito a ver el motivo.

Algo similar a lo visto para **ei* ocurre con la desinencia de dativo temático **-ōi*, monoptongado en el norte como O, resuelto en el centro como OE / OI / V / VI y en el sur como V. Ante estas evoluciones divergentes, parece preferir una gradación geográfica y rechaza por completo la influencia del latín a la hora de reflejar (y adecuar) la flexión de los dativos teonímicos. Curiosamente sí acepta la influencia latina al explicar los antropónimos *Bolosea* por *Blosia* y *Cesseea* por *Caesia* (págs. 399 a 402). No obstante, no creo que pueda hacerse una abstracción completa de la influencia latina en la lengua de los teónimos, porque no dejan de ser estructuras formularias latinas rellenas con testimonios de nombres indígenas. Tampoco creo que sea desdeñable la consideración de la cronología en la interpretación de algunas variantes fonéticas.

Entre las semiconsonantes destaca un apartado sobre la evolución de la *w* intervocálica (págs. 405-421)

con interesantes aspectos de cronología relativa. En cuanto a las sonantes, BP se sirve del antropónimo *Corobulti* para ilustrar la evolución *C_rC* > *ur*, más próximo del *or* itálico que del *ri* celta.

En el consonantismo, manifiesta ciertas dudas en algunas evoluciones, como **k^w*, para la que encuentra resultados *p* en *puppid* o *kw* en *Aquiae*, con la duda de que éste pueda proceder también de **kw*, en cuyo caso nos encontraríamos ante un sistema lingüístico donde no confluirían los resultados de **k^w* y **kw* (pág. 396). Para la sonorización, imagina una evolución ya prehistórica en **g^wm_o-tu* > *Bandue* (pág. 393).

Por otro lado, he echado en falta un análisis-resumen del tratamiento de las sonoras aspiradas, dado que su condición dentro de las lenguas indoeuropeas las hacen propicias para establecer con claridad las divisiones dialectales. Así, en el caso de **bh* (pág. 396) no se decanta por **bh* > *f* como en *Sefio* a lo itálico, ni por **bh* > *b* a lo celta como en *Candeberonio*. Para otros casos susceptibles de ser analizados como **bh* originario, opta por interpretar **g^wmtu-* «paso» > *Bandu-* (pág. 272) y **g^woro* «montaña» > *Borea* (pág. 173). Sí acepta el paso **bhoudh-* > *boud-* en el antropónimo *Boutius*, aunque debo decir que el étimo podría no ser correcto, como lo demuestran los 80 casos con sorda *t*, lo que obligaría a entender que hay una mayoría de ejemplos hipercorrectos. Para su argumentación, no aprovecha la opción de *Bormanico*, al que deja sin etimología (**g^w / *bh*).

Entre los aspectos morfológicos podemos destacar el análisis que realiza sobre el sufijo *-aiko-* (pág. 35-36), consistente en la unión a un sustantivo en **-ā* de un sufijo en **-iko*, reanalizado como un sufijo único. Es interesante la implicación formal, dado que *-aiko-* funcionalmente se combina con **ayo* (en su opinión, procedente de **-ā* + **(i)yo*). La similar génesis de estos dos sufijos **-ayo-* / **-aiko-* induce a pensar que, en efecto, el origen pueda ser una aglutinación de sufijos, más que una metátesis **aCyo* > *ayCo*, opción que ha intentado demostrar en los últimos años De Bernardo. La posibilidad de que la secuencia completa sea **-a* + **(i)yo* > *ayo*, y a partir de este *ayo* + *iko* obtener *aiko* (no aceptada por BP, sobre la cual se decantó Búa y que me parece algo más probable) será una cuestión que habrá que revisar incluyendo ejemplos provenientes de la antroponimia.

Una aportación del léxico que parece curiosa es la interpretación del antropónimo *Sunua*; no es la

primera vez que se debate la cuestión del género de *Sunua*, pero, a la luz de las pocas concordancias establecidas, debemos considerarlo como un nombre femenino, por lo que su posible adscripción al étimo **sunu-* «hijo (masc.)» es un elemento de debate.

El capítulo XVI (págs. 429-433) resume las ideas que ya se han ido exponiendo sobre la clasificación dialectal del lusitano-galaico, para relacionarlo con las lenguas itálicas y separarlo de las celtas, con lo que BP asume las recientes tesis de Villar. Conviene tener en cuenta el capítulo sobre *Cossue* y *Collouesi* (pág. 253) para abundar en esta idea.

En el XVII habla sobre la naturaleza de la religión de los pueblos indoeuropeos del occidente peninsular (págs. 435-445) y sobre los desplazamientos geográficos en los diferentes cultos indígenas.

Tras la sistemática bibliografía (págs. 447-469) recoge un utilísimo índice de formas (págs. 471-503), dividido por secciones, lo que permite el acceso a todo tipo de explicación sobre formas concretas; su ordenación por puntos y no por páginas dificulta en cierta medida la búsqueda. La obra finaliza con unos mapas (págs. 505-517), donde se recoge la dispersión de ciertas divinidades indígenas y de algunos fenómenos fonéticos.

En resumen, debemos reconocer que el libro presenta un material exhaustivo, sistemático y muy trabajado a través de los años, a juzgar por el volumen y la importancia de la obra y por otros trabajos de la misma autora. Es importante, en este tipo de estudios, seguir un proceso metodológico sin el cual la obra puede no cumplir el propósito con el que ha sido concebida. El primer punto de esta especie de decálogo es que las lecturas epigráficas estén bien hechas, y que la presencia de algunas interpretaciones únicas (hápx) no se deba exclusivamente al azar. La teonimia occidental hispana, tan rica en atestigüaciones, es relativamente pobre en repeticiones, por lo que la gran variedad de formas puede adolecer en ocasiones de falta de seguridad. Por otro lado, conviene obrar con cautela en ciertas interpretaciones etimológicas; por un lado, porque la etimología es un ejercicio vano en ocasiones y, por otro, porque es dudoso que en todos los casos se pueda llegar a la etimología a través de la función religiosa de la divinidad. Personalmente estoy persuadido de este último extremo, de que la etimología no sirve para explicar la función y, a la inversa, de que a través de la función no tenemos por qué llegar hasta la

etimología. En cualquier caso, el análisis etimológico no agota el tema: cuando la lingüística encuentra su tope, es necesario recurrir a otros ámbitos como el religioso o el social, de modo que se construya un puente interdisciplinar de estudio teonímico.

Otro aspecto que, para concluir, quisiera comentar es el referente a la antroponimia y al uso que de ella hace la autora; como apoyo de fenómenos en los que quiere insistir para trazar una síntesis fonética estructurada utiliza un buen número de antropónimos documentados en la región, pero curiosamente encabeza el apartado sobre antroponimia de la siguiente manera: «En cualquier caso los testimonios antroponímicos son de dudosa utilidad, porque siempre hay que contar con errores de transcripción y con que los hablantes de lusitano pongan a sus hijos nombres de origen celta y al contrario, con lo que estos nombres pueden sufrir las consiguientes alteraciones fónicas» (pág. 423). Con independencia de la importancia que la autora concede a la antroponimia, he echado de menos un tratamiento comparativo de algunos teónimos que comparten raíces con antropónimos; no queda del todo clara, a mi modo de ver, la relación de ambos campos: *Mentouiac* con *Mentina*, *Arantonieco* con *Arantoni*, *Tanginiciaeco* con *Tanginus*, *Peinticis* con *Pintamus* (pág. 340), *Tritiaecio* con *Tritius* (pág. 342), *Caesariciaeco* con *Caesarius* (pág. 345) o *Arquiaeco* con *Arquius* (págs. 338-345). La autora más bien deja entrever que los teónimos pudieran provenir de topónimos.

Una obra como ésta, que pretende abordar el estudio de las lenguas antiguas desde un campo reducido como es la teonimia, forzosamente estará sujeta a parcialidades y subjetividades de las que los autores no podemos desprendernos por completo. Un estudio exclusivamente lingüístico está restringido a un público de formación lingüística, con lo que los historiadores tienen poco acceso limitado. Dado, además, que las interpretaciones de estos datos lingüísticos documentados en la PI no son unívocas, como se ha podido apreciar en las últimas décadas, el futuro se abre enormemente a la especulación. Seguramente en unos años podremos valorar la importancia de esta obra en el marco de una serie de estudios que iniciaron el camino para una comprensión global de las lenguas habladas en la PI antes y durante la conquista romana.

JOSÉ MARÍA VALLEJO RUIZ
Instituto Ausonius, Burdeos
vallejo@yaho.es

VIALOU-D., Dir. (2004). *La Préhistoire. Histoire et dictionnaire*. Bouquins Robert Laffont, Paris, 1.638 pp.

La Prehistoria es probablemente una de las materias con mayor dificultad de acceso a su bibliografía. No solamente son muy abundantes las revistas dedicadas a patrimonio, que nos dan a conocer en ámbitos restringidos la documentación y las fuentes arqueológicas, sino que los circuitos de distribución son un tanto peculiares, y la llegada a las fuentes supone a veces un proceso de pesquisa policiaca de escasos rendimientos.

En un país como España se da además el hecho de que todo lo referente a temas de patrimonio está transferido a las comunidades autónomas, que tienen el derecho y el deber de defender, estudiar y divulgar aquello que pertenece a su ámbito competencial. Ese interés innegable, y una capacidad variada según los casos, hacen que la realidad arqueológica se conozca a veces dentro de su propio territorio, y rara vez fuera de él. Por más que, mientras no se demuestre lo contrario, forman parte de la misma realidad administrativa estatal y, sobre todo de un marco geográfico, el peninsular, en el que es difícil argumentar modelos prehistóricos de carácter autonómico, y por encima de todo, conocer de manera actualizada qué pasa.

Éste es solamente un ejemplo de la fragmentación y dificultad de las fuentes arqueológicas, necesarias si uno quiere recoger la realidad de los hechos y no se conforma con la fabricación de bellos modelos de taller sin relación especial con las cosas. La fragmentación de la información, por éste o por otros motivos, es inmensa en todos los países que ofrecen al mercado científico documentos arqueológicos, es decir, prácticamente todos los que existen en el universo mundo. Reunir esa información de un modo adecuado y suficiente es una labor ingente y meritoria, que algunos vemos más como un castigo que como un empeño que se pueda elegir libremente.

Ocurre además que el nivel de información es variable según los sitios, pero también según las metodologías y corrientes intelectuales, que fabrican esquemas de notable diferencia interna en relación con sus planteamientos de base, con mecánicas y terminologías que frecuentemente resultan poco compatibles. Esto ocurre, por ejemplo, cuando se intenta tratar conjuntamente la Prehistoria americana con la del Viejo Continente.

Un diccionario de Prehistoria no debe ser una obra de investigación puntera, ni un corpus de documentación concreta e inmediata, ni un foro de discusión de las últimas tendencias. Debe reunir una información general, que siempre se intentará exhaustiva sin posibilidades absolutas de éxito. Desde las ópticas concretas, desde cada país y cada región, es normal que encontremos dificultades, catálogos incompletos y visiones dispares, mejor informadas en lo inmediato, pero no necesariamente más acertadas en lo general. Un diccionario de Prehistoria es una obra de gran dificultad y de difícil equilibrio, de contenido y proporciones complicados de elegir y al que siempre podremos encontrar alguna pega, pues no podrá tratar todos los asuntos con el mismo rigor, y arrastrará de modo casi inevitable los defectos de origen de sus aguerridos autores.

Ahora nos encontramos con el último intento del género, el diccionario dirigido por Denis Vialou con la colaboración de Roger Jousseume y Jean-Pierre Pautreau para los momentos posteriores al Paleolítico, en una conjunción no fácil de establecer, dado que la frontera metodológica y de propio conocimiento entre la Prehistoria Antigua y la Reciente es fuerte y fundamental dentro de la investigación y la enseñanza de nuestro país vecino.

Los directores, sin embargo, han conseguido una compenetración y una homogeneidad suficiente en su propuesta, a pesar de pertenecer a mundos diferentes y con frecuencia incomunicados, quizás porque su ámbito de actuación intelectual supera claramente los límites de la Francia metropolitana. Es conocida la labor universalista de Denis Vialou, organizador del foro más amplio y continuado sobre arte rupestre prehistórico, denominado *Réprésentations Préhistoriques* y convocado todos los años por su creador y director en el Museo del Hombre de París. Es también investigador en compañía de su esposa Agueda Vilhena Vialou, de relevantes yacimientos brasileños en el Matto Grosso. Roger Jousseume es un gran conocedor de los megalitos del este africano, fundamentalmente etíopes y de los del oeste francés, donde ha desarrollado una intensa actividad durante años. El punto de partida de ambos es sin duda francés, pero notablemente ampliado por vocación y actividad de carácter mucho más amplio. Este equipo se ha rodeado inteligentemente de especialistas en las diversas materias y zonas a tratar, intentando superar la necesaria heterogeneidad de la información a partir de conocedores del terreno, contando para ello con un elenco variado y prometedor de investigadores franceses. Una ad-

cripción nacional más variada podría haber aportado mayor frescura a la obra final, pero no existe reparo alguno en la composición del equipo elegido.

Vialou es paleolitista además de responsable de una introducción a la obra de carácter general, que resulta muy útil como enfrentamiento a una realidad actualizada de la cambiante Prehistoria. Es paleolitista y europeo, y hace necesariamente pivotar la realidad de su síntesis y de su propuesta nominal sobre una Europa centrada en Francia. Recoge también el profesor francés, no solamente en la introducción, sino también en el índice nominal, apartados muy útiles referentes a metodología de la investigación, espacio generalmente poco tratado y definidor de aquello que nos podría diferenciar de la Historia convencional, a la que pertenecemos en todo lo demás de nuestro pensamiento e intención.

Roger Joussaume realiza la introducción al neolítico de Europa y Africa y Jean-Pierre Pautreau al Neolítico de Asia, con unas dimensiones menores que las dedicadas al Paleolítico, que reflejan quizás la intención consciente o inconsciente de los directores, primando el desarrollo más antiguo de la humanidad, que en ocasiones posee menor documentación que las épocas más recientes. Lo perfecto es enemigo de lo bueno, y probablemente había que elegir en un sentido o en otro. El resultado es un libro más paleolitista y europeo que neolitista y extraeuropeo, aunque no creemos que esto sea un grave defecto, entre otros motivos porque la documentación que se posee en el Viejo Continente es sin duda superior a la que existe en otros ámbitos, y porque además, hay aspectos del comportamiento humano de la Prehistoria, como el Arte Paleolítico, cuyo desenvolvimiento y génesis se ha remitido a Eurasia hasta fechas recientes. Sólo ahora podemos hablar de Arte Paleolítico americano o africano, cuyos parámetros y formulaciones, además, no coinciden exactamente con lo que tenemos en Europa. Podríamos hablar ahora mejor de Artes Paleolíticas, entre los cuales el euroasiático debería ocupar todavía un lugar muy destacado, por situación, amplitud, extensión, número e importancia de sus representaciones.

No ocurre lo mismo con las formas gráficas que se producen a partir de la desaparición del máximo de la cultura depredadora, pues éstas se multiplican y diseminan por el planeta de un modo vivaz e incontenible, que demuestra la necesidad humana de comunicarse y comunicar sus preocupaciones, cambiantes a lo largo del tiempo pero referidas siempre a sus alicientes fundamentales.

Hemos hecho tradicionalmente una cesura insalvable entre lo que las sociedades depredadoras eran capaces de comunicar, y lo que significarían las formas más elaboradas de las economías productoras, separadas por un cambio climático e ideológico profundo. Algunos pensamos que esa diferencia no es tan grave, y que aquellos polvos trajeron estos lodos, con una transformación apreciable, pero no fundamental ni separadora. La génesis del pensamiento humano y de la comunicación entre individuos y sociedades se encuentra precisamente en la continuidad entre las grafías paleolíticas y postpaleolíticas, que debe recibir el tratamiento adecuado. No es sólo Europa el sitio donde se produce ese motor de transformación, pero es uno de los lugares donde ésta aparece más rápida, más continua y más duradera.

No es solamente el suroeste de Europa donde este movimiento toma amplitud y velocidad, pero sí es aquí donde, por el momento, mejor se puede observar. La grafía tiene tanta importancia en época paleolítica como postpaleolítica, por más que estéticamente pueda preferirse la más antigua. La grafía paleolítica recibe un tratamiento más pormenorizado en esta obra que la que le sigue, y ambas son reflejo del pensamiento y de las preocupaciones superiores de los conjuntos humanos. Puede derivar esto de la especialidad de los autores, pero debería corregirse en su proporción.

Una obra como la que comentamos no puede abarcarlo todo, ni citar todos los yacimientos, ni toda la bibliografía existente, pero debe compensar las cosas y equilibrar en lo posible las referencias correspondientes a los diversos lugares, dependiendo necesariamente del nivel de investigación que exista en cada uno de ellos. En esta obra se trata mejor y más ampliamente el suroeste europeo de las épocas más antiguas que el de las más recientes.

Ilustraciones y cuadros son sumarios en una obra que pretende ser de bolsillo y no de gran formato y lujo decorativo. La versión que nosotros conocemos es pequeña y manejable, con un papel fino y de buena calidad que impide el crecimiento excesivo del volumen de la obra. La organización general es buena y accesible. A pesar de las diferencias observadas, la equiparación entre territorios es correcta, con un desarrollo mayor de Europa, y la que se debería producir entre las diversas épocas, básicamente también. Existen entradas nominales y temáticas, buen sistema para encontrar lo que se desea, sea el lector experto o lego en la materia.

Los autores, en diverso grado, se han enfrentado con un reto importante y difícil, como es la realización de un diccionario que debería abarcar toda la realidad histórica de la Prehistoria, desde sus inicios con el nacimiento de la humanidad, hasta la aparición de las sociedades complejas. No es fácil unificar criterios, ni equiparar conocimientos y espacios, y ese reto se ha cumplido satisfactoriamente, ofreciéndonos en los inicios del tercer milenio una visión actualizada de nuestra compleja y cambiante Prehistoria. No podemos dejar de recordar otras obras, como la de Leroi-Gourhan o la de J. Hawkes, entre otras cuya intención no fuera exactamente la misma, aunque su valor innegable en la época en la que fueron escritas, ni las varias recientes publicadas en España sobre el mismo tema.

Ésta que comentamos ahora es una composición coral, con un director-compositor que ha dejado su apreciable huella en la obra, y que da muestras de experiencia y tino, de capacidad de síntesis y coordinación, en un libro práctico y útil que esperamos siga vigente durante muchos años.

BIBLIOGRAFIA

ALCINA, J. coord., 1998. *Diccionario de Arqueología*. Alianza ed.

- ALIMEN, H., 1950, 1966. *Atlas de Préhistoire*. Paris, Boubée.
- BAHN, P., 2003. *Atlas de Arqueología mundial*. Libsa.
- BRAY, W. y TRUMP, D., 1976. *Diccionario de arqueología*, Barcelona, Labor.
- FRANCOVICH, R., MANACORDA, D. (Eds.), 2001. *Diccionario de arqueología*, Editorial Crítica. Barcelona.
- HAWKES, J., 1974. *Atlas of Ancient Archaeology*, Heinemann, Londres.
- JIMENO, A., MENÉNDEZ, M., FERNÁNDEZ, V., 1997. *Diccionario de Prehistoria*. Alianza Ed.
- JOUSSAUME, R., 1995. *Tiya, l'Éthiopie des mégalithos. Du biface a l'art rupestre dans le Corne de l'Afrique*. Chauvigny.
- JOUSSAUME, R., 1985. *Des dolmens pour les morts*. Paris, Hachette.
- LEROI-GOURHAN, A. (Dir.), 1988. *Dictionnaire de la Préhistoire*, Presses Universitaires de France, Paris.
- VIALOU, D., 1986. «L'Art des grottes en Ariège magdalénienne». *Gallia, CNRS*, n.º 22
- VIALOU, D., 1991. *La Préhistoire*. Paris, Gallimard.
- VIALOU, D., VILHENA VIALOU, A., 1996. «Art rupestre sau Matto Grosso (Brésil)». *L'Anthropologie*, t. 34, n.º 1-2, pp. 203-213.
- WHITEHOUSE, D. y R., 1975. *Archaeological atlas of the world*, Ed. Thames and Hudson, London.

RODRIGO DE BALBÍN BEHRMANN
Universidad de Alcalá de Henares